

CREDO CRISTIANO CONTRA CULTURA PAGANA: EL OCTAVIO DE MINUCIO FÉLIX

Manuel García García
IES Realejos

«(Novissima Sixtina) Ya he averiguado por qué Dios no aparece, ni entre los miembros de la dirección, ni entre los profesores, ni, por supuesto, menos todavía, entre los alumnos, en la gran fotografía colectiva de fin de curso de Historia Universal: es que él era el fotógrafo». (De RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO, *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, p. 51)

PRELIMINARES SOBRE EL TÍTULO

¿Qué se espera encontrar en treintaitantas páginas sobre el tema que anuncia un título tan sugerente (a primera vista), tan tópico y divulgado (¿quién no ha oído hablar del conflicto entre paganismo y cristianismo?), tan pretencioso también (por la envergadura misma del asunto), en su primera frase, tan colmado de nombres propios, tan vacío de significación (tan oscuro, por tanto), en la segunda?

*Se añade al tratamiento por escrito del tema un apéndice de nombres propios en el que se ofrece una breve semblanza de los autores (cristianos o paganos) a los que se alude en el escrito, y de otros más que, por alguna u otra razón, merece la pena tener en cuenta para lo que aquí se dice.



A. ¿CREDO CONTRA CULTURA?

1. Contra esperanzas y prejuicios

Cualquiera de los posibles lectores conoce, más o menos, el significado de palabras como 'credo', 'cristiano', 'pagano' y 'cultura', y puede, *a priori*, especular; incluso algunos tal vez hayan manejado algo de la inmensa bibliografía publicada sobre el tema.

Permítaseme un mal pensamiento: quizás se espere que opongamos aquí (así puede interpretarse en estos tiempos el título) el fanatismo católico, el Credo de los capillitas, la fe ciega de los beatos, el totalitarismo de los fundamentalistas (con muy mala prensa entre nosotros), a las excelencias y refinamientos de la Cultura grecolatina, a la grandeza inigualable, la filantrópica tolerancia y el humanismo universal de lo pagano, de lo clásico, espejo histórico de los librepensadores de Occidente, de las mentes abiertas, progresistas, solidarias y tolerantes (con muy buena prensa, en cambio, entre nosotros); y que, por ende (cada uno arrima el ascua a sus sardinas), se piense que estas páginas van a confirmarnos algo que ya creíamos de antemano: que nosotros somos de los ilustrados, de los cultos, de los que no creen ni en supersticiones de viejas chochas, ni en relatos míticos delirantes, ni en pueriles historias sagradas; y no de aquellos intolerantes y fanáticos cristianos que vencieron entonces (cada lector tendrá su idea, más o menos precisa, de ese «entonces» indefinido) y arrojaron al Mundo a las tinieblas (es una metáfora, claro) medievales, hasta que el enorme esfuerzo del Humanismo renacentista, al cabo de los siglos, lo devolviera al camino recto (otra metáfora) de la Historia Universal, de la Ciencia y el Progreso, por el que tenemos la suerte de transitar nosotros, ciudadanos del Primer Mundo.

Otro más: que alguno de los lectores, de profundas convicciones religiosas, crea (como lo manda la ortodoxia en estos tiempos) que Credo y Cultura son cosas buenas (manifestaciones del Bien, de Dios), y piense, entonces, que el tema está, de entrada, mal planteado en el título («que no es que combata lo uno contra lo otro, sino que, al contrario se complementan y colaboran», me decía hace poco un catequista entusiasta); y espere, no ya que tengamos que terminar admitiendo tal fusión, sino también que ensalcemos las aportaciones del cristianismo a la Humanidad, que cantemos las alabanzas del nuevo Orden cristiano, fruto maduro de la Historia, el mejor de los mundos conocidos, que progresa, gracias a los aportes de la Ciencia, al encuentro del Reino futuro de Dios, luchando frente a desatinos, errores, supersticiones, perversiones, herejías, dudas y perplejidades de toda clase.

Y otro: casi siempre que leemos, cristianos o no, un escrito así, de un cursillo en plan cultural y tal, lo que esperamos, en el fondo (¿quién se escapa del culto



a la Cultura?), es reconfortarnos en la «autocomplacencia» de la ampliación de nuestra cultura personal, que, además de extenderse a los campos más diversos, ha superado, como nunca antes en la Historia, los prejuicios religiosos e ideológicos de otras épocas, pasados de moda en esta nueva era de la información objetiva.

Pues nada de eso: ni para vanagloriarnos de nuestra amplitud de miras y nuestro saber sin prejuicios (científico), ni para cantar los logros de nuestra Cultura más o menos cristiana, ni para administrar dosis de datos asépticos a los que quieran estar bien informados, vamos a escribir estas páginas. Más bien será un intento lo que sigue de desbaratar tales prejuicios o esperanzas, si es que el lector las hubiera concebido.

2. El tópico del conflicto

Debe tenerse en cuenta, de entrada, la posibilidad de que el tema al que alude la primera frase del título (el conflicto entre cristianismo y paganismo) no sea más que un tópico, es decir, una frase hecha, una idea divulgada, que, dado el éxito obtenido, valdría más ponerla, desde ya, bajo sospecha y analizarla con cierto escrúpulo. ¿Qué sentido tiene eso de «contra»? ¿Querrá decir (como se cree) que A («Credo cristiano») lucha contra B («Cultura pagana»), lo vence y ocupa su sitio? ¿O, por ponernos menos rigurosos, que A («lo cristiano») lucha contra B («lo pagano»), lo vence y lo sustituye? Y eso ¿cuándo pasó?, ¿dónde se produjo? Te contestas entonces, moderándote, que fue un proceso lento; que el mundo romano no se acostó pagano un día y se levantó cristiano al siguiente; que se trata de una transformación paulatina con ritmos distintos, según épocas y lugares; que el cristianismo fue entroncándose poco a poco en la Cultura antigua.

Pero, si reconocemos lo continuo y lo diverso del cambio, y presuponemos que, no de pronto, sino poco a poco, por aproximación, contacto y «ósmosis», B se ha ido diluyendo en A, y A devorando a B hasta ocupar su sitio, bien podría pensarse que A y B no eran de verdad cosas tan distintas (como el tópico de la oposición pretendía hacernos creer), sino lo mismo en fases distintas de su continua transformación, y entonces no podemos hablar ni siquiera de una sustitución, ni mucho menos datarla ni localizarla, sino que la Historia de la Cultura (si se admite que son infinitamente graduales los cambios) se nos convierte en un continuo sin principio ni fin ni hito ninguno, se nos deshace; y si, partiendo de lo contrario (para que la Historia se sostenga), admitimos que A sustituye a B en un momento y en un lugar determinado, será que A, en ese momento y lugar, cumple la misma función que B, y entonces acaso se revele, también por esta vía, que cristianismo y paganismo no fueran más que nombres distintos de lo mismo, co-



llares distintos del mismo perro, apariencias distintas de la ideología dominante, meros adjetivos del Imperio.

Vamos que, si se admite una transformación continua, o un injerto, sin fechas ni lugares fijos, de lo uno en lo otro, son lo mismo cambiando, y, si se admite la sustitución de lo uno por lo otro, dos caras distintas de lo mismo. En ambos casos hay que desengañarse de la aparente oposición radical que el título planteaba: algo de común (lo que el tópico de la oposición oculta) tendrá que haber entre lo pagano y lo cristiano que sustente el cambio paulatino, el ensamblaje o la sustitución.

3. Credo y Cultura

Si nos fijamos (la historia política puede leerse bien en el manual de Marta Sordi) sólo en la dimensión dialéctica del proceso, Apóstoles y Evangelistas primero, los Padres Apostólicos más tarde, algunos advenedizos (abogados, militares, rétores, filósofos conversos) y herejes también, los Padres Apologetas (defensores, justificadores ideológicos, publicistas de la nueva Fe), y, en fin, los conocidos con el nombre genérico de «Padres de la Iglesia», llevaron a cabo esa ingente tarea de limar y pulir las piezas del nuevo Credo para ensamblarlas con las ya bien engrasadas de la Cultura helenística, y procurar así un mejor funcionamiento de la maquinaria única y eterna del Poder.

Los cristianos podían aportar, fundamentados en el dogma de la irrupción del Dios de los hebreos en la Historia (el Mesías, el Dios hecho Hombre), un nuevo Credo único y universal (a imagen y semejanza, por supuesto, del régimen político dominante) a la Cultura de los *gentiles*, que había perdido su fe en los viejos dioses antropomórficos y, por el ensanchamiento del mundo civilizado y el contacto entre pueblos, lenguas y culturas, había roto definitivamente con las divinidades familiares y locales. La intelectualidad cristiana, a la vez, se vería obligada, en sus réplicas a las acusaciones del adversario, a incorporar progresivamente a la nueva doctrina los logros de la *Paidéia* griega, a civilizar, a «racionalizar», a iluminar con los métodos que la Cultura helenística había puesto a su alcance, la fe, ciega, tosca y ruda en principio, de los galileos.

Vamos, que ya se va viendo que lo de CONTRA en la primera frase del título era casi un decir. Se podría haber escrito POR (si aludiéramos a la sustitución de B por A), o CON (si nos referimos al entroncamiento progresivo); pero lo menos engañoso sería entender Y, es decir, una asociación de A con B, la suma de la cruz con la escuela, que vino a constituir la nueva cara de la ideología dominante, la vaina de la espada sempiterna.



Lo que resultó de tal ensamblaje, el nuevo ideal de ciudadano del mundo, yace, al cabo, en los cimientos de nuestra Cultura democristiana, y a la vista están los resultados, sea cual sea la cara que en su aparición real adquieran: el hombre justo, trabajador honrado, persona normal si se quiere, el buen ciudadano, obediente al Ideal y a la Ley, respetuoso (y hasta sumiso) ante el Poder y la Cultura; el intelectual ortodoxo, bien informado y culto, testigo mudo (y hasta cómplice) de las atrocidades del Poder, a su vez fabricante de información y productor de Cultura acorde con las directrices de la ideología dominante; o el gobernante ciego de fe, diligente ejecutor de la Ley, servidor inquebrantable del Ideal, llamado a aplicar con eficacia los planes del Altísimo.

4. La Historia dice...

Y entonces, ¿qué pasa?, ¿que no hubo enfrentamiento entre cristianos y paganos? En cierto sentido sí: la nueva religión tuvo que combatir, hasta implantarse definitivamente en todo el mundo civilizado, no sólo contra la religión tradicional romana y un sin fin de creencias y supersticiones mágicas y mistericas (autóctonas o importadas), sino, sobre todo, con siglos de Educación, de Cultura, de *Paideía* helenística, el verdadero sostén ideológico (junto con el culto al emperador) del poder político de Roma.

Pero no vamos a ocuparnos aquí del conflicto con la intención de definir la polémica real (dialéctica e ideológica, siempre; sangrienta, a veces), los argumentos esgrimidos por los líderes intelectuales de cada bando contra el otro, las relaciones más o menos concordes entre el poder imperial y las comunidades cristianas, sobre todo porque es muy abundante la bibliografía publicada al respecto (puede el lector curioso recurrir a cualquiera de los manuales que se relacionan al final): los estudios de Sordi, de Momigliano, de Brown, de Dodds, de Sánchez Salor (por citar sólo algunos) ofrecen visiones tan amplias y bien documentadas del tema, que queda fuera de nuestro alcance y afán hacer algo en ese sentido.

5. Cultura cristiana

Lo que nos interesa es, más bien, lo contrario: por si acaso el tópico del conflicto entre dos bandos antagónicos pretendiera ocultar el parecido entre ellos y hacernos creer que paganismo y cristianismo eran cosas totalmente distintas (que Credo y Cultura también), que se produjo, con la sustitución, un progreso, que la Humanidad ganó (o perdió) con el cambio, nuestra intención aquí es ahondar en el descubrimiento de lo que tienen de común lo uno y lo otro y las vías que



permitieron, no ya el diálogo, más o menos virulento, entre ambos discursos (que para dialogar, para discutir, hay que estar, desde luego, en la misma onda, hablando de lo mismo), sino, aún más, la sustitución (o la asimilación progresiva, como se quiera) de una estructura ideológica por otra (la llamada «conversión del mundo antiguo»), y lo que eso, en buena lógica, implica: si hacia el 380, según cuenta la Historia, el cristianismo era declarado por Teodosio el Grande religión oficial (y única) del Estado romano, habrá que ir pensando que, durante los primeros cuatro siglos de nuestra era, la cristiana, la secta del Nazareno había alcanzado (como dicen) el nivel de madurez suficiente para servir, mejor que la religión tradicional o cualquier otro tipo de superstición, ideología o escala de valores (por hablar a lo moderno), a los fines del Imperio. El cristianismo, entonces, a finales del s.IV, ya no era un mero credo de iluminados, un grupo religioso más de los que pululaban, a montones, por las ciudades civilizadas, sino una manera de pensar y de actuar, un fundamento ideológico completo para la construcción de un nuevo ideal de ciudadano del mundo, toda una Cultura. La promovía, eficazmente, una jerarquía eclesiástica del todo ya constituida a finales del s.III (a imagen y semejanza, ¿cómo no?, de la administración política imperial, a la que había tenido incluso la ocasión de suplir durante medio siglo de disturbios civiles). La avalaba una tradición literaria que habían forjado en los moldes de la Cultura clásica los Padres Latinos y Griegos del s.IV. Si no hubiera cumplido esa función de sostén ideológico y cultural del Estado, ¿cómo podría haberse dado tal sustitución, tal conversión?

Así que, por entre el bosque de diferencias reales que alimentan el conflicto (unas sólo aparentes, otras superadas en distintas fases del mismo), vamos a intentar descubrir lo que tienen de común ambos sistemas ideáticos, ambos cuerpos de creencias, oculto tras la mentira («son posturas antagónicas, totalmente distintas») que el tópico divulgado de la oposición pretendía hacernos creer.

Los argumentos de la polémica ideológica irán saliendo (claro) como materia misma del estudio; pero nos interesa fijarnos en las semejanzas explícitas entre ambos discursos, las implícitas disfrazadas de diferencias aparentes, y, sobre todo, en los procedimientos por los que la nueva religión fue limando sus asperezas más notables y confundiéndose con la Cultura greco-romana, convirtiéndose, tras sucesivos reajustes, en algo más que una doctrina de un grupo de disidentes del judaísmo, que, armados con una fe tan inquebrantable como incomprensible, practicaban un culto insólito y absurdo a un malhechor crucificado y resucitado.



B. EL *OCTAVIO* COMO TESTIGO

La segunda frase del título no significa nada: es el nombre de una obra y de su autor.

1. El autor, su obra y su época

Minucio Félix no es para nosotros casi nada más que un nombre: abogado africano con destino funcional en la capital del Imperio, se nos presenta a sí mismo, en su ficción literaria, como árbitro de una disputa entre un escéptico común, Cecilio Natal, colega de profesión, y Octavio Januario, paisano de Minucio¹, cristiano converso como él, también hombre de clase acomodada, con cierta cultura, un alma más del ingente cuerpo de funcionarios de Justicia con que la Administración imperial contaba desde los primeros Antoninos, los «buenos emperadores» del s.II, para gestionar un territorio tan extenso. Están los tres en Ostia, en un balneario junto al mar, pasando unas cortas vacaciones en la feria de la vendimia.

El autor nos interesa por su posición social (no pertenece ni a la jerarquía eclesiástica, ni a la aristocracia romana), por sus convicciones políticas (ciudadano de pleno derecho, respeta como gobernante al emperador), por su «nivel cultural» (logra una especie de *collage* muy pulcro, que revela una más que suficiente formación retórica y filosófica), y por su condición de converso (como casi todos los primeros apologistas).

La obra, el *Octavio*, se presenta como reflejo por escrito de un pequeño diálogo (o, más bien, una sucesión de dos discursos: primero el vencido, luego el vencedor) entre dos intelectuales en tiempo de ocio, enmarcado por las intervenciones más que parciales del árbitro, Minucio, que al final se regocija por la conversión del pagano. Redactado en prosa latina, de tono filosofante, producido bajo el molde del *Hortensio* de Cicerón, atravesó los siglos como octavo libro del *Adversus nationes* de Arnobio. Los eruditos fechan su composición a finales del s.II o principios del III.

La época en que la obra se supone escrita y su carácter compilatorio (es decir, no original, no muy de autor, sino más bien fabricada con recortes de otras, con múltiples rasgos de estilos diversos) nos interesan en un doble sentido: para (primero), dada su falta de originalidad, oír de cerca los argumentos más frecuentemente esgrimidos en favor y en contra de una y otra estructura ideática en los ambientes intelectuales de la época; justo en el momento (segundo) en que el cristianismo, extendido por las clases urbanas (esclavos, proletarios, artesanos,

¹ Juvenal llama al África, en su sátira VII, 148, «*nutricula causicorum*» ('nodricilla de leguleyos').



comerciantes, soldados, profesiones liberales y hasta algunos aristócratas)², culminaba definitivamente su proceso de separación del judaísmo, y podía desafiar, por primera vez, como otra manera de vivir, como una Cultura alternativa, a la religión tradicional y la ideología dominante.

El estudio de la obra va a servirnos, pues, para palpar de cerca el conflicto y descubrir lo que tienen de común las creencias de uno y otro. El *Octavio* es un valioso ejemplo de defensa, definición y encomio del nuevo hombre cristiano frente a las acusaciones que Cecilio formula como portavoz, a veces, del vulgo, a veces, de la intelectualidad de la época. Pero nos muestra también a las claras (de ahí su utilidad para nuestro propósito) la buena disposición para el entendimiento con lo pagano que desde el principio mostró el cristianismo: son constantes (como veremos) los guiños de Octavio a su contrincante, sus intentos por llegar a un acuerdo, las concesiones que hace a sus puntos de vista, el rastreo y reconocimiento de lo que de válido tenía la Cultura helenística para fortalecer el nuevo Credo.

Dirigida a un público ilustrado, la obra pretende poner de manifiesto las excelencias del cristianismo como nueva forma de ver la vida, de entender la función del hombre en el mundo; intenta dar razones para la conversión a un lector imbuido de cultura filosófica tradicional. Mediante refutación («no somos así»), retorsión («así, son ustedes»), rectificación («no somos exactamente así»), aceptación («somos efectivamente así»), o asimilación («también ustedes son así») de las distintas acusaciones del pagano Cecilio, el cristiano Octavio, *vir eximius et sanctus*, según la descripción inicial de Minucio (algo así como ‘ilustre entre los hombres’ y ‘piadoso en sus relaciones con lo divino’, una mezcla de sabio y santo), teje un boceto del nuevo ideal y logra la conversión de su oponente, hasta ese momento perdido por los senderos del error y la superstición.

El hecho de que Octavio no base sus argumentaciones en los libros sagrados (ni en la voz reveladora de los profetas, ni en los milagros y la resurrección del Cristo), probablemente más por estrategia que por desconocimiento, lo obliga a buscar apoyos para la nueva Fe en la Cultura pagana, a combatir así, con sus propias armas, a Cecilio, representante simbólico de los círculos escépticos del siglo II. Minucio no hace más que escenificar la victoria de un dogmático sobre un escéptico, pero armando para ello al cristiano con los pertrechos de la Cultura greco-romana: Octavio tenía que poner ante los ojos de Cecilio, para convertirlo, las coincidencias múltiples entre la Cultura que había aprendido en la escuela y la

² Primero fue una religión urbana. Desde principios del siglo II se presentan como tercera estirpe, pero todavía a principios del s.IV los cristianos no pasaban del 10% de la población. El éxito del cristianismo entre las clases bajas y empobrecidas de las urbes puede ponerse en relación con el buen funcionamiento de las instituciones benéficas: los logros sociales de estas «fundaciones cristianas» merecieron el elogio y el respeto, todavía a mediados del s.IV, de Juliano el Apóstata, el emperador filopagano por excelencia.



nueva «filosofía». En la réplica del cristiano pueden vislumbrarse las vías de fusión entre lo uno y lo otro, las que habrían de propiciar los procesos complementarios de, por un lado, cristianización progresiva de la *Paidéia* tradicional (y del Imperio), y de conversión, por el otro, en Cultura del Credo cristiano (y su manifestación ética, estética y política, en la escuela y en el campo de batalla).

2. A vista de pájaro

Minucio y los actores de su obra, Cecilio y Octavio, se nos presentan así como testigos directos del conflicto ideológico (y político) en su punto medio, si nos ponemos a mirar la Historia a vista de pájaro: sus discursos, en principio declaradamente antagónicos, van a servirnos para descubrir las semejanzas entre lo cristiano y lo pagano en torno al 200 p.C., unos dos siglos antes de que se prohibieran oficialmente los cultos no prescritos por la jerarquía eclesiástica.

Durante los dos primeros siglos se había ido conformando el cuerpo canónico del *Nuevo Testamento*; se habían desarrollado comunidades urbanas a lo largo y ancho de un Imperio al que la cuenca del Mediterráneo y la red viaria servían de arterias comerciales y culturales; se había fortalecido de manera creciente la separación entre judíos y cristianos; se iniciaba, frente a las diversas herejías, el proceso de constitución y definición de una teología ortodoxa; los cristianos habían adquirido una identidad social, política, religiosa y cultural que era, lógicamente, lo que les permitía un enfrentamiento directo con las instituciones del mundo romano. Sin embargo, todavía no estaba del todo constituida la jerarquía eclesiástica, ni los Padres de la Iglesia del siglo IV habían consolidado aún una Cultura cristiana, instalados ya muy cerca del trono, desde que la noche antes de la batalla del puente Mulvio, allá por el año 312, Constantino viera dibujarse en el cielo el monograma del Cristo y oyera una voz divina que le ofrecía la victoria a cambio de su conversión.

Ni Cipriano, el obispo de Cartago, diligente escritor de epístolas pastorales, ni Arnobio de Sica, rétor converso, implacable fustigador de la religión tradicional, ni Lactancio, vocero del triunfo oficial del cristianismo y su alianza con el trono, ni Ambrosio de Milán, incansable comentador de la Biblia, predicador prolijo, político hábil, amigo, consejero y tutor espiritual del mismísimo Teodosio, ni Jerónimo, cronógrafo y editor de la Vulgata, ni Agustín de Hipona, el teólogo y apologista más importante de Occidente, habían tenido ocasión todavía de lucir su elocuencia, en lengua latina, al servicio de los designios de Nuestro Señor.

En la ilustrada Alejandría, capital cultural del Oriente griego, apenas acababan de ver la luz las obras de Clemente, el autor de *El Pedagogo*, el primer manual culto de ética cristiana; aún no había iniciado Orígenes, siguiendo los métodos de



los grandes filólogos alejandrinos, el cultivo de la exegesis bíblica; no había escrito todavía sus *Historias* (una universal, otra eclesiástica) Eusebio de Cesarea, consejero y hagiógrafo de Constantino, ni Atanasio (paladín de la teología trinitaria contra la herejía arriana en el concilio de Nicea) la vida de S. Antonio, semillero de vocaciones monacales; ni siquiera habían nacido los Padres Capadocios (los dos Gregorios y Basilio), teólogos de renombre, ni Juan Crisóstomo, exegeta y predicador sobresaliente, ni Cirilo de Alejandría, apóstol de la divinidad de la madre de Dios en el concilio de Éfeso, por citar sólo, de una lista interminable, a los más conocidos de entre los griegos.

La de Minucio no es, por otra parte, la primera obra de la literatura apologética cristiana (producida para defensa y alabanza de la nueva doctrina frente a los ataques de los paganos, y para descrédito y vituperio de las creencias y costumbres del adversario).

A lo largo del s.II ya se habían publicado apologías en favor de la nueva Fe, la mayoría de ellas en griego, la lengua del cristianismo primero, traducidas seguramente muy pronto para alimento ideológico de una secta en crecimiento en la Urbe y en las otras ciudades de habla latina: unas combatían contra el judaísmo, como la de Aristón de Pella, o el *Diálogo de Trifón* de Justino Mártir; otras, contra las herejías, como la de Ireneo de Lyon; otras, en fin, contra el poder romano y la religión de los *gentiles*. La *Epístola a Diogneto* del legendario Cuadrato, escrita en tiempos de Adriano, parece la más antigua de este tipo, aunque habría que añadir a ella, como anteriores a la de Minucio, otras: la de Aristides de Atenas, dirigida a Antonino Pío; las dos de Justino dedicadas al mismo emperador y al Senado; la de Taciano, de título muy revelador, *Contra los griegos*; la de Melitón de Sardes, a M.Aurelio; la de Atenágoras, al mismo y a su hijo Cómodo; la de Teófilo de Antioquía, publicada a finales del s.II; y acaso, las varias (antijudaicas, antiheréticas, antirromanas) que salieron, ya en latín, de la pluma de Tertuliano de Cartago, que, aunque no santo por haber muerto hereje, fue sin duda el más fecundo y tenaz de los apologistas latinos.

Además se podían leer, ya traducidos al latín, la lengua de Occidente, desde finales del s.I, los escritos, aún no canonizados, del *Nuevo Testamento* (los *Evangélicos*, las *Cartas*, los *Hechos de los Apóstoles*), y, desde principios del II, las cartas de los Padres Apostólicos (Clemente Romano, Policarpo de Esmirna, Ignacio de Antioquía), pequeños catecismos como la *Didaché* (*Doctrina de los Apóstoles*), obras de contenido moralizante como el *Pastor* de Hermas, el *Apocalipsis*, y, hacia finales del siglo, las primeras pasiones de mártires.



3. Plano corto

No vamos a entrar en la discusión de si el *Octavio* se publicó antes o después del *Apologético* de Tertuliano, discurso de carácter judicial pronunciado en el año 197. De todas formas, la obra de Minucio no iba a ser por ello más original: los argumentos que maneja el abogado los habían ya esgrimidos sus precursores en la tradición apologética, desarrollada antes, como casi cualquier género cristiano, en lengua griega. Aún así, nos importa señalar, con respecto a la fecha de publicación, que la obra de Minucio es, con toda certeza, posterior a los discursos de Celso y Frontón contra los cristianos, que representan el primer ataque intelectual serio contra la nueva Fe, la postura ante el nuevo culto de los círculos ilustrados en época de M. Aurelio.

Nos llega, por tanto, el *Octavio* como una de las primeras obras apologéticas en lengua latina dirigidas a la intelectualidad romana, toda vez que la mayoría de las anteriores habían sido defensas del cristianismo contra el judaísmo (su rama matriz), contra las herejías (ramificaciones indebidas), o apologías de carácter judicial dirigidas a las autoridades en protesta por el frenesí persecutorio de las masas urbanas, más o menos amparado, durante los dos primeros siglos, en la indolencia del poder imperial.

Y, en fin, por zanjar el asunto de la datación de la obra, una reflexión irrefutable que confiere autoridad a nuestros interlocutores en la máquina del tiempo de la escritura: el hecho de que tomen voz en Cecilio y Octavio dos maneras distintas de ver el mundo, de imaginar el sentido de la vida del hombre sobre la tierra, demuestra que en la época ambas posturas ideológicas estaban concebidas como reales, prototípicas y antagónicas, sea en el año que fuera.

CREDO Y CULTURA EN EL OCTAVIO

A. Verdad, sabiduría y cultura: ¿qué podemos saber y cómo?

Como era de esperar en una obra dirigida a intelectuales, el problema primero que surge entre Octavio y Cecilio es el de la teoría del conocimiento de lo divino (el de la sabiduría sobre lo que no se sabe) y su conexión con la verdad. Dicho en términos corrientes: ¿cómo podemos saber si es cierto lo que sabemos de lo divino, o es que más bien creemos saber lo que no se sabe?

Ambos contendientes, aunque sus tesis suenen contrarias, comparten, de entrada, un alto aprecio por la sabiduría. A Cecilio, de hecho, le ofende que Octavio lo acuse de ignorancia (*inscientia*) por haber lanzado un beso a una estatua de Serapis, y no en vano es ahí donde se origina el conflicto dialéctico.



La postura (escéptica) de Cecilio está clara desde el principio: «todo en los asuntos humanos es dudoso, incierto, inseguro, y todo más verosímil que verdadero» (V,2). De ahí parte, por un lado, su irritación ante la petulancia, la «soberbia cognoscitiva», de los cristianos, pobres diablos incultos («*studiorum rudes, litterarum profani, indocti, impoliti, rudes, agrestes*» los llama) que creen haber encontrado, así sin más, la sabiduría total y verdadera, algo que no habían logrado generaciones y generaciones de filósofos; y, por otro, su humilde aceptación de las limitaciones del conocimiento humano en lo que se refiere a los asuntos divinos, fiel al dicho de Sócrates (al que llama «príncipe de la sabiduría») «*quod supra nos, nihil ad nos*»³. Reconoce al final de su discurso Cecilio que acaso lo más prudente sea admitir nuestra falta de certeza, y lo remata con esta anécdota: Simónides de Melos (un escéptico eminente), cuestionado por Hierón, el tirano de Siracusa, sobre los dioses, al cabo de varias jornadas de reflexión, reconocía que, cuanto más investigaba, tanto más oscura se le hacía la verdad (XIII,4).

Esa duda radical no impide, sin embargo, al romano creer en la caprichosa Fortuna, aceptar (ante la incertidumbre) la liturgia religiosa tradicional y las exigencias sociales del culto al emperador (no ya por convencimiento, sino más bien por inercia), y conceder, por otra parte, un alto valor a la Filosofía como disciplina fundamental de la *Paideía*, dedicada a la búsqueda del saber: religión y filosofía eran cosas distintas para Cecilio, verdad y sabiduría también.

Octavio inicia su discurso de réplica en actitud ladinamente misericordiosa: comprende (dice) los vaivenes, las angustias, que sufre el alma del que anda en las tinieblas de la duda, del error, de quien «no conoce el camino recto» (XVI,3), de quien ignora que hay «una sola verdad confirmada y comprobada» (XVI,4).

En la argumentación de esa nueva Verdad, la posición del apologista se bifurca curiosamente, claro indicio de que la obra es, en efecto, un compendio.

Dos fueron las posturas de los cristianos con respecto a la acusación de «arrogancia epistemológica» frente a las ya antiguas, extensas, sistemáticas y prestigiosas investigaciones de los filósofos.

Unos, como Taciano, Tertuliano, Ireneo de Lyon, Teófilo de Antioquía (y hasta Epifanio de Salamina, ya en pleno s.IV), más toscos, reivindicaron la Verdad como fruto de la revelación de Dios a los escogidos, en tanto que despreciaban la Filosofía (motor, en la mayoría de los casos, de conductas heréticas) como instrumento para conocer a Dios. Además, que la sabiduría de lo divino les había sido revelada a todos (cultos e incultos) por igual, e incluso más fácil era el acceso a ella para las mentes sencillas. Ecos de tales planteamientos los encontramos en el discurso de Octavio: llega a decir en un pasaje («democratizando» el derecho a la sabiduría) que el *ingenium* ('inteligencia', 'talento') no se consigue por el estu-

³ Algo como «lo nos queda por encima [los asuntos divinos] nada nos importa».



dio, sino que es innato, y lanza, en el epílogo, un vituperio contra los filósofos en estos términos: «despreciamos [los cristianos] el entrecejo de los filósofos, que sabemos que son corruptores, adúlteros, tiranos, y siempre están parloteando contra sus propios vicios» (XXXVIII,5). Todavía S. Agustín, sin duda ensoberbecido por el triunfo reciente de la Iglesia, postulaba que todos los conocimientos deben subordinarse al estudio de las *Sagradas Escrituras*, porque conociendo a Dios se conoce el mundo.

No obstante, la otra actitud, menos intransigente, conciliadora con la Filosofía, flor última de la Cultura helenística y pilar (junto con la Retórica) de la *Paideía*, es la más frecuente en el *Octavio* y en la literatura apologética en general. Ya los primeros discursos de Pablo en Atenas, relatados en los *Hechos de los Apóstoles*, pretendían tender puentes con las ideas de los filósofos. Desde el principio los cristianos más universalistas (los más helenizados) habían tenido la tentación de predicar la nueva doctrina como una *paideía* de Cristo. Por otra parte, los primeros escritos cristianos, los *Evangelios*, las *Cartas* y los *Hechos*, seguían modelos literarios de la Filosofía griega. También los sermones tomaron su forma de las diatribas filosóficas. La misma enseñanza de los dos caminos que leemos en la *Didaché*, ya se usaba en los «folletos» pitagóricos y órficos. En el *Pastor* se encuentran formulaciones propias de colecciones divulgativas de literatura filosófica de la época (de un Epicteto, por ejemplo). El carácter protréptico del discurso cristiano, su afán proselitista, su empeño por convencer al oponente, tiene semejanzas notables con el modo de proceder de las escuelas filosóficas: la palabra conversión misma (*metánoia*) está tomada de Platón. Ya los autores griegos que refieren sus primeras impresiones del encuentro con el pueblo judío lo llamaron «la raza filosófica». El terreno estaba, pues, abonado para aprovechar la Filosofía como punto de encuentro.

Justino fue el primer apologista que puso en práctica esta manera de argumentar la Verdad cristiana: todo lo bueno y verdadero que habían dicho los filósofos era cristiano, porque en ellos estaba ya depositada, como en los profetas, sus antecesores, la semilla del *Lógos*. Esa habría de ser, a pesar del tufillo gnóstico que despide, la postura triunfante: esa línea «iluminista» habrían de seguirla Clemente y Orígenes, los alejandrinos que construyeron los cimientos para la fusión entre Cultura griega y Verdad cristiana. La tarea de los Padres del s. IV fue expurgar en la Cultura filosófica tradicional lo que de válido tenía para sustentar el edificio de la nueva *paideía* cristiana y racionalizar, a la vez, con las armas del adversario, su Credo. Octavio describe el injerto así: «de modo que cualquiera puede pensar o que ahora los cristianos son filósofos, o que ya entonces los filósofos fueron cristianos» (XX,1). La Verdad cristiana se presentaba así (vestida con los ropajes de la Cultura) como el culmen de la investigación filosófica, como una nueva filosofía, la verdadera, como un fruto maduro de la Historia de la Humanidad.



La Filosofía habría de ser, además, un aliado indispensable para el ataque al politeísmo (así la usa, de hecho, Octavio en muchos pasajes de su discurso), y servir de tesoro léxico a la nueva Ética cristiana y a la especulación teológica.

Esto es, pues, lo que tienen de común los contendientes en lo que a teoría del conocimiento se refiere, el hilo que andábamos buscando: los dos valoran la sabiduría como virtud (se acusan mutuamente de crédulos, supersticiosos e ignorantes), reconocen la *auctoritas* de la Filosofía y conceden valor a su *antiquitas* y su afán por encontrar la *sapientia*. Están de acuerdo, el pagano y el cristiano, en que lo propio y más valioso del hombre es preguntarse por (y dar respuesta a) lo trascendente de su estancia en la tierra, por el sentido de la vida: ¿qué somos?, ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos?

No debe sorprendernos demasiado tal convergencia entre Filosofía y Religión: al fin y al cabo, la misma traducción de los Setenta (la primera que se hizo al griego del *Antiguo Testamento* hebreo) no era ya más que síntoma del ansia por encontrar una sabiduría única (a imagen y semejanza del mundo único de Alejandro). A mediados del s. II los significados de 'filósofo' y 'teólogo' tenían en común este rasgo: 'alguien interesado en la idea de Dios'. El cristianismo compartía con las escuelas filosóficas preocupaciones éticas, cosmológicas y teológicas. Y, desde luego, el hecho de que la religión cristiana predicara una Verdad absoluta, única, la obligaba a medirse contra la única disciplina intelectual que había intentado establecer (de hecho ya se habían ideado varios sistemas filosóficos, varias teorías) una explicación global de lo divino y de lo humano.

Para el cristiano, en su discurso de réplica, la Filosofía es, pues, el terreno común de donde brotan los argumentos más sólidos, y su Historia (excluye de ella a escépticos, ateos y semejantes) se concibe como un camino en busca de la Sabiduría. Lo que pasa es que, ahora, la Sabiduría era hermana gemela de la Verdad: la fe salvaba las distancias.

De rebote, uno y otro contendiente se ponen de acuerdo en desautorizar la voz de los poetas, corruptores de los jóvenes, fabricantes de mentiras (Cecilio mismo dice en un pasaje «paso por alto las canciones de los poetas» –VII,5–; Octavio elogia a Platón por haber expulsado de su república ideal a Homero); en desconfiar de la palabrería de los rétores («para que juzguemos –tercia Minucio en XV,2.– no por el adorno de la elocuencia, sino por la solidez de los argumentos mismos»); en conceder más valor a los escritos históricos que a los relatos míticos como prueba de verdad; y en basar la «credibilidad» de una u otra postura (curiosamente con un criterio muy moderno, muy democrático) en el número de seguidores de sus respectivas convicciones (Cecilio apelando a la antigüedad de la tradición y a la mayoría, entonces todavía no cristiana, y Octavio al crecimiento vertiginoso de su secta).



Contra la poca solidez de tales argumentos y dando voz a la lógica contra la fe exclamaba Símaco, la última voz del paganismo romano, en el 384, ante un S. Ambrosio triunfante: «a un misterio tan grande no se puede llegar por un solo camino» (*Informes*, III,10).

B. CREDO Y TEOLOGÍA: ¿EN QUÉ CREER Y POR QUÉ?

La fe religiosa de Cecilio ya queda claro que no es ninguna. Bueno, con matices: por si acaso, prefiere seguir las prácticas religiosas tradicionales (esa «firme convención»), convencido, a pesar de su formación filosófica, de que la religión es buena y hasta imprescindible para el buen funcionamiento de la sociedad de los hombres⁴, y de que más vale estar a bien con la divinidad, por los beneficios que pueda reportarnos. No cree en el panteón tradicional ni en las divinidades locales: piensa que todos los dioses son nombres distintos que los distintos pueblos usan para referirse a la divinidad (lo que equivale, evidentemente, a creer en uno solo).

Pudiera parecer eso la caricatura interesada de un escéptico, pero es cierto que muchos pensadores no cristianos de los dos primeros siglos (Celso mismo, Séneca, Epicteto) habían especulado con la existencia de una sola sustancia divina, ordenadora del cosmos y creadora del mundo sensible. Podemos oír, como muestra, el soliloquio VII,9 de M. Aurelio, perseguidor de cristianos: «pues no hay más que un solo mundo constituido por todo, un solo dios extendido por todo, una sola sustancia, una sola ley, una razón común a todos los seres pensantes, y una sola verdad». Platónicos, aristotélicos, estoicos, gnósticos y eclécticos, hasta atomistas y epicúreos (¿no eran materia primera, invisibles, intangibles, eternos y omnipresentes sus átomos?), se habían puesto de acuerdo para abrirle un hueco a Dios a través de la Filosofía.

La Fe, el Credo, el *symbolon* (lit. 'contraseña'), que servía de juntura y directriz a los nuevos «filósofos», aquello en que los cristianos creían, había ido constituyéndose durante los dos primeros siglos. Hipólito de Roma nos ofrece en su *Tradicón Apostólica*, de principios del III, la primera versión conservada del Símbolo de los Apóstoles, en forma de preguntas y respuestas para la liturgia del bautismo. Parece que también en el ritual eucarístico se hacía profesión de fe. El que se reza hoy es una versión abreviada del fijado definitivamente tras los primeros grandes concilios (Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia). El que Octavio ofrece a Cecilio (el que Minucio Félix ofrecía a los círculos intelectuales de su

⁴ En VII,6: «los sacerdotes [*vates*] predicen el porvenir, ofrecen protección en caso de peligro, remedios para las enfermedades, esperanza a los afligidos, recurso a los desvalidos, para las desgracias consuelo y descanso para las fatigas».



época) es mucho más simple: se trataba de creer (¡de ateos los acusaban!) en Dios⁵ (único, providente, creador, todopoderoso, invisible, intangible, omnipresente, eterno, juez que al fin de los tiempos premiaría a los buenos y castigaría a los malos), en la resurrección de la carne y en la vida después de la muerte.

Por pocos que fueran, no era fácil argumentar con razones solventes tales dogmas de fe (tarea acaso imposible, como reconocía al cabo S. Agustín con su «*credo, quia absurdum*»). Lo que aquí nos interesa es cómo nos descubre Octavio en su réplica las vías de unión con el pagano, al darle razón de la verdad del nuevo credo con las armas de la Filosofía, de la Cultura, sin recurrir a la revelación ni a la pura fe como argumentos.

Estos son los artículos del Credo de Minucio y sus «razones»:

1. Deus unus

Lo primero, la unicidad de Dios (si bien se mira, es la cuestión más importante), la argumenta el cristiano con todo un arsenal de procedimientos.

La reconoce el vulgo, cuando dice «*deus magnus est*», «*deus verus est*», «*si deus...*» (a algo debe aludir la palabra –postula Octavio–) o invoca a Júpiter como el más alto de los dioses; los filósofos, cuando se refieren, bajo distintos nombres, a un poder supremo; los poetas (Virgilio lo llama *spiritus, mens* o *ratio*). Se equivocan en el nombre (dice en XVIII, 11), pero todos están de acuerdo en que hay un solo poder.

Además que la naturaleza (a nadie le sonará extraña esta manía de argumentar una teoría sobre lo humano con ejemplos del «mundo» de los animales) y la política (cf. XVIII, 6-7) ofrecen claras pruebas de la unicidad del ser supremo: uno es el rey de los enjambres de abejas, uno el de los rebaños, uno el de las sociedades humanas (el poder compartido siempre trajo problemas).

Remata la argumentación positiva con un razonamiento gramatical incontestable: si dios es uno y el mismo, no hay por qué buscarle nombre a la divinidad (en latín *deus* era una palabra con significado, como ‘médico’, o ‘maestro’, o ‘carpintero’, y eso implicaba que hubiera algún nombre propio del que pudiera predicarse *deus*): Dios es, al ser uno, un nombre propio (sin significado, sin plural), su nombre, un sujeto de predicación, no un predicado⁶.

⁵ Se predica de Dios en la obra: *unus, unicus, solus, rex, tota maiestas, dominus, pater, summa sollertia et maxima ratio, numen praestantissimae mentis, providens, summus opifex, auctor, summus moderator, summa potestas, omnipotens, iudex, aeternus, immortalis, inaestimabilis, inmensus, intangibilis, invisibilis, omnipresens*.

⁶ Sepa el lector que en tiempos de Minucio no se usaba la mayúscula inicial para los nombres propios y que la Patrística más tardía inició la costumbre de usarla sólo para escribir el nombre de Dios: de ahí, por analogía, se generalizó su empleo para todos los nombres propios.



Argumento de mucho peso en favor del Dios único es la falsedad de los dioses del panteón tradicional. Para su ataque al politeísmo usa Octavio, por conectar con su oponente, argumentos también empleados por los intelectuales paganos (y por muchos apologistas anteriores y posteriores): la prosoponimización de teónimos, o crítica evemerista, es decir, los dioses no son dioses sino personas divinizadas tras su muerte por alguna razón⁷ (muy interesante es, a este respecto, el relato sobre Saturno como antiguo habitante y civilizador del Lacio: cuenta en XXIII,10: «como griego y civilizado que era les enseñó muchas cosas: a escribir, a acuñar monedas, a fabricar utensilios»); la crítica alegórica (un método de interpretación habitual entre los estoicos), o semantización de teónimos, es decir: los dioses no son dioses, sino otros nombres de las cosas (Júpiter el cielo, Neptuno el mar, Vulcano el fuego, etc.); y, en fin, la demonología, que, aparte de para explicar el mal en un mundo gobernado por un dios todopoderoso, era un buen procedimiento, empleado ya por filósofos y poetas, para garantizar la unicidad del ser supremo: los dioses tradicionales eran, en todo caso, démones, subordinados (a imagen y semejanza de los gobernadores provinciales) de Dios. El propio Platón le sirve a Octavio como autoridad para definir la esencia de estos seres intermedios: dice que en el *Banquete* los define como «una sustancia entre mortal e inmortal, es decir, entre cuerpo y espíritu».

2. Deus artifex et providens

La maravilla, la armonía de lo creado, la hermosura misma del hombre, es la primera prueba que aduce el cristiano para justificar la mano creadora de Dios y su Providencia ordenadora: Cecilio había recurrido, complementariamente, para negarla, al relato de catástrofes, miserias e injusticias.

Tampoco resultaba extraño a la Filosofía (ni mucho menos) un dios padre de los hombres y creador del mundo (de todo lo visible y lo invisible): Platón es otra vez el testimonio más autorizado para Octavio: dice que en el *Timeo* (refiriéndose a 28C) se habla de un dios progenitor, dador de vida, creador del cielo y de la tierra. Pero no sólo Platón: la Historia de la Filosofía estaba llena de ejemplos de esos esfuerzos intelectuales por encontrar un principio creador: la lista (XIX,3-XIX,15) que ofrece el cristiano (seguro que muy familiar para cualquier lector) no vamos a transcribirla por razones de espacio, pero hay que decir que constituye todo un catálogo de nombres propios de filósofos y sus ideas sobre el *arché*, un auténtico breviario de Historia de la Filosofía. Hasta Demócrito, hasta Epicuro,

⁷ En XX,6: «En fin que, antes de que con el tráfico comercial el mundo se abriera y los pueblos confundieran sus ritos y costumbres, cada nación rendía culto a su fundador o a un caudillo ilustre, o a una reina honesta, más valiosa de lo que a su sexo corresponde, o al descubridor de algún bien o arte, como ciudadano digno de recuerdo».



responsables de la cosmogonía atomista (seguramente la más divulgada en la época) entran en esta colección de exploradores de lo divino: «¿Demócrito, aun siendo el primer descubridor de los átomos, no llama la mayoría de las veces dios a la naturaleza que fabrica las imágenes [lo visible] y a la inteligencia? [...] Incluso aquel Epicuro, que imagina que los dioses o están ociosos o no los hay, pone, sin embargo, por encima de ellos a Natura». Presocráticos (sólo algunos: Tales, Anaxímenes, Anaxágoras, Pitágoras), platónicos, aristotélicos y estoicos eran, pues, los precursores de la Verdad cristiana: «ya ves que los filósofos más importantes están por completo de acuerdo con nuestra opinión» (XIX,4).

A pesar de este apoyo cultural tan sólido, el dogma de la Creación, como obra de Dios y primer hito de la nueva Historia cristiana, siguió generando problemas a la Teología ortodoxa: la postura de los gnósticos (que la consideraban mala), y ataques como los de Porfirio el neoplatónico y Marción el hereje (que la negaban), o el de Sinesio de Cirene, obispo y filósofo (que la consideraba eterna), fueron los principales escollos en este sentido y, consecuentemente, los teólogos de la Iglesia produjeron abundante literatura sobre el tema.

3. Deus omnipotens

El poder absoluto del dios cristiano chocaba, sin embargo, con dos objeciones muy sólidas que Cecilio esgrime con contundencia: Roma, rindiendo culto a sus dioses tradicionales y asimilando y tolerando todo tipo de nuevas prácticas religiosas, era dueña del mundo; los cristianos, olvidados por su dios, sufrían miserias, calumnias, persecución y martirio. La solución a esos dos problemas de la apologetica aparece todavía titubeante en la obra de Minucio. Será mejor que los analicemos por separado.

3.a) *Roma aeterna*

La primera cuestión toca directamente con la ética del cristiano y su relación con el poder terrenal (o sea, el imperial), pero encierra, a la vez, otra de Teología de la Historia muy importante. Para decirlo en dos palabras: ¿ha querido Dios, si es omnipotente y providente, que Roma gobierne el mundo?

Todavía quedaba mucho por recorrer hasta el establecimiento de la fe (¡hay que creérselo!) que Orosio, a instancias de S. Agustín, en sus VII libros de *Historiae adversus paganos*, predica: Roma era un instrumento al servicio de la extensión del Reino de Dios en el mundo, un hito en el plan de la Providencia divina, un preludio de la futura Ciudad de Dios, y las desgracias, catástrofes y miserias ha-



bían sido más abundantes antes de los *tempora christiana*; o sea, que el pasado era peor que el presente, y, por deducción elemental, mucho peor que el futuro.

A principios del s.III la cosa no estaba tan clara. El punto de vista de Minucio es, si se quiere, más arcaico y más subversivo: la causa matriz del poder de Roma es para Octavio la práctica continuada de la conquista y el crimen. En su duro ataque (también S. Hipólito en el *Comentario a Daniel* echaba la culpa a Satanás de la hegemonía romana) resuena la voz de la apocalíptica projudáica («se acerca el fin de los tiempos, el Juicio Final, la venganza de Dios, el *Dies Irae*»), desarrollada con nuevo brío (aunque ya hubiera escritos anteriores de este carácter) a principios del s.II, en respuesta (se entiende el resentimiento) a la destrucción de Jerusalén por las tropas de Tito. S. Cipriano mismo atribuía los males presentes al envejecimiento (y empeoramiento) del mundo, y todavía interpretaba, impregnado de «milenarismo», las persecuciones de Valeriano y Decio como antesala del Juicio Final.

La ortodoxia eclesiástica tuvo que ir renunciando a tales posturas apocalípticas, en la medida en que progresaba en su acercamiento al trono (claro). Lactancio ajustó las cuentas definitivamente: en su obra *Sobre la muerte de los perseguidores* (publicada tras el edicto de Milán) imputó el sufrimiento de martirios, destierros y persecuciones a diez malvados que, cargando con toda la culpa (nueve estaban muertos, uno agonizando, y no les quedaba, por tanto, otro remedio) y pagando como castigo una muerte horrible, libraron a Roma del título de enemiga del Cristo y sus cristianos.

El germen de esta otra actitud, condescendiente y hasta complaciente con el poder terrenal, estaba ya en la epístola de Clemente Romano a los Corintios (LXI,1): obligado por la fe en la Providencia, consideraba la potestad imperial como un don de Dios y abogaba por la concordia (un ideal muy estoico) entre Cristo y Roma: «dales [a los emperadores], Señor, salud, paz, concordia y estabilidad, para que, sin tropiezo, ejerzan la potestad que por ti les fue dada». El apologista Melitón de Sardes, de época de M. Aurelio, es un ejemplo de los primeros intentos (un tanto ingenuos todavía) de mostrar la providencial empresa que el Imperio y los cristianos estaban llevando a cabo, hombro con hombro, por voluntad de Dios. Luciendo un optimismo que acaso a muchos lectores les resulte familiar afirma: «y esta es la prueba mayor de que nuestra doctrina floreció para bien junto con el Imperio de feliz comienzo: desde el reinado de Augusto, nada malo ha sucedido; antes al contrario, todo ha sido brillante y glorioso» (En Eus.Ces., *Hist. Eccl.*, IV,26,8).

Las Historias universales y eclesiásticas (Julio Africano, Eusebio de Cesarea, Sulpicio Severo, Jerónimo de Milán), todas apologéticas, vinieron a cimentar esta segunda postura, ordenando en un tiempo lineal (cronológico, histórico, no mítico) los acontecimientos del Mundo: todos los hitos históricos de los distintos im-



perios (asirio, babilonio, persa, griego, egipcio, romano) y culturas (la hebrea, la helénica, la latina) convergen y se ponen en fila en las tablas cronológicas comparativas de Eusebio. La Historia Universal quedaba constituida desde Adán y Eva hasta Constantino. Los hitos son conocidos de sobra: la Creación, la expulsión del Paraíso, el Diluvio Universal, Abraham, Moisés, la guerra de Troya, la primera Olimpiada, Pitágoras, Platón, Cristo... Mezclando la lista de los obispos con la de los emperadores, reconstruyó (a toro pasado, reinventando el pasado) una Historia que invertía el mito clásico de la Edad de Oro (y hasta el hebreo del Paraíso), y, progresando (de peor a mejor), culminaba en la Roma feliz de Constantino: el emperador era el representante de Dios en la tierra y, por tanto, para los cristianos, el culto a su persona no sólo había dejado de ser un problema, sino que se convertía en un deber. La Historiografía, un género literario, en cuanto que fundamento indispensable de la nueva Verdad histórica, se transformaba, de paso (¡así sin más!), en un saber «más científico».

3.b) *Ira Dei et daemones*

La otra objeción (¿ha querido Dios, si es omnipotente y providente, que sus hijos fieles, sufran tan abundantes miserias?) generó como respuesta, ya muy desarrollada en el *Octavio*, la ética del sufrimiento, del «soldado cristiano»; pero, en lo que a Teología se refiere, exigió una abundante producción literaria que intentaba dar razón del mal en el mundo sin caer en explicaciones heréticas de tipo maniqueo (hay dos principios que combaten eternamente: el Bien y el Mal), gnóstico (la materia, la Creación y el mundo son malos) o marcionita (el Dios del *Antiguo Testamento* es malo).

En el discurso de Octavio, la ira de Dios y la acción maligna de los demonios explican desde las catástrofes naturales hasta las calumnias que circulaban en torno a los cristianos. Ejemplo de la primera causa (ya nos hemos referido al carácter antijudaico de muchas obras apologéticas) es la ruina del pueblo judío por haber descuidado su relación con Dios. Los demonios, refrendados por el testimonio de filósofos y poetas (otro guiño de Octavio a la Cultura), servían, además, para explicar prodigios, augurios, sueños, oráculos, presagios y otros fenómenos, más o menos mágicos, en los que ni Cecilio ni Octavio dejaban de creer del todo.

La teología de la culpa, el libre albedrío y el pecado original, desarrollada, mucho más tarde, ejemplarmente por S. Agustín (no por casualidad autor de la primera autobiografía «psicológica» en prosa de Occidente, las *Confesiones*), intentaría más tarde poner remedio urgente (junto con la inescrutabilidad de los designios del Altísimo) a esta herida de la Teología cristiana que no acaba nunca de cicatrizar.



4) *Deus iudex, dies irae*

El cristiano y el pagano están de acuerdo en el valor supremo, como virtud ética y política, de la justicia (se acusan recíprocamente de injustos). Octavio ofrece a Cecilio un Dios juez justo que, al fin de los tiempos (ya hemos dicho que los cristianos concebían como lineal la Historia), vendrá a premiar a los buenos y a castigar a los malos de modo implacable: aún no era atributo del Dios de Minucio la bondad infinita (que, dicho sea de paso, se contradice a las claras con la tarea de juez).

Recorre, otra vez, a los poetas y escritores paganos (a la Cultura) para fundamentar la creencia en los castigos y premios de la vida del más allá.

El fin de los tiempos (contra la concepción cíclica de la Historia) lo apunta la sobre la idea de conflagración de los mundos, manejada ya por estoicos y epicúreos: «pues, ¿quién de entre los sabios lo duda, quién lo ignora? [...] Los estoicos tienen, todos, esa opinión» en XXXIV,2; y en XXXIV,3: «también los epicúreos son de este mismo parecer sobre la conflagración de los elementos y la ruina del mundo».

La *parousía*, la venida segunda del Mesías y, con ella, el Juicio Final, es una idea que ya encontramos en las cartas de S. Pablo. Cobró nuevas fuerzas en la apocalíptica a finales del s.I y principios del II, y fundamentó la herejía montanista, de la que Tertuliano mismo es el representante más conocido en Occidente: el fin de los tiempos estaba cerca, podía llegar en cualquier momento y había que prepararse para recibir a Dios. El rigor moral que provocó tal convicción en los seguidores de Montano llegó al punto de provocar un enfrentamiento con el poder político, que acaso sea el que justifique el *Discurso verdadero* de Celso o las tenues persecuciones del emperador filósofo: todo era pecado, hasta servir al Estado en el ejército y en los tribunales.

En Minucio no encontramos un punto de vista tan radical (al fin y al cabo era funcionario de justicia), por lo menos de manera explícita. De hecho, a partir del s.III empezó a perder fuerza la ansiedad «milenarista» y a desarrollarse una teología diferente del Día del Juicio: los intelectuales cristianos fueron desengañando de la inminencia del *dies irae* a los apocalípticos más fervientes, y el fin de los tiempos quedó concebido, pero sin fecha fija: el Juicio Final siempre quedaba en el futuro.

5. *Deus aeternus*

La Historia de la Humanidad tenía así un principio (la Creación) y un final (el Día del Juicio). Complementario a esta concepción lineal de la Historia, surge



el problema de la eternidad (y antigüedad) del Dios cristiano. Frente a los dioses del panteón helénico, que habían nacido unos de otros, la concepción de lo divino para Octavio incluye el no tener ni principio ni final. De todas formas no está aún muy desarrollado este asunto teológico en la obra de Minucio, que junto con el problema de la encarnación y nacimiento (¿humano o divino?) de Cristo, el hijo de Dios, en el tiempo histórico, fue materia de una polémica de siglos, zanjada, mal que bien (por decreto), en los concilios de Nicea y Constantinopla.

La cuestión aneja, la de la antigüedad del Dios cristiano (si era anterior o no a los dioses tradicionales), obligó a la mayoría de los apologistas a enfrentarse con el problema (ausente en la obra de Minucio, que no cita las *Sagradas Escrituras*) de la relación entre el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento* (si eran el mismo el viejo Yavé hebreo y el que anunciaba el Bautista), agudizado por la circunstancia histórica de haber sido los judíos los que mataron al Cristo.

Algunos herejes como Marción (también muchos gnósticos) consideraron sin autoridad los escritos antiguos: Cristo era el fundador y origen de la nueva doctrina.

La postura contraria, que al fin habría de resultar triunfante, la encontramos ya en Teófilo de Antioquía y en Taciano. Algunos cristianos habían usado incluso las *Antigüedades judaicas* de Flavio Josefo como argumento en favor de la veteranía del nuevo culto. Se trataba de obedecer (otra vía de injerto) al valor (propio de la Cultura helenística) de la *antiquitas* como argumento de *auctoritas*. Tal actitud está bien representada en la crítica tipológica de Orígenes: para el alejandrino y los exegetas posteriores (la producción literaria con esos fines fue enorme) la voz del Cristo está presente, de manera alegórica, en las viejas escrituras y en la voz de los profetas: había que descubrir el sentido oculto, espiritual, del *Antiguo Testamento*. El Dios cristiano llegaría así, por su conexión con los venerables escritos judaicos, a ser el más antiguo, y por ello, según el criterio cultural vigente, el verdadero.

6. Deus invisibilis, intangibilis, sed omnipresens

Cecilio ataca con sorna (en X,5) la omnipresencia del dios cristiano. Octavio recurre nuevamente, aunque con menos seguridad, a la Filosofía para dar razón de estos dogmas: Sócrates mismo había dicho que la forma de dios no podía verse ni buscarse; Aristón el estoico lo consideraba incomprensible; no había que extrañarse de no ver a Dios con los ojos del cuerpo: tampoco el viento, ni el aire, ni el alma, ni los rayos del sol podía verlos nadie (explica en XXXII,5-6).

En Tertuliano también se argumenta la invisibilidad (y sin embargo omnipresencia) de Dios en este mundo con la misma metáfora de los rayos solares, que



resultó a la larga mucho más rentable de lo que cabía esperar: en el s.IV iban a confluír, de hecho (ya en la corte de los últimos Severos había tenido éxito esta imaginería), todas las ideas sobre lo divino, las filosóficas y las religiosas, en un monoteísmo solar (a imagen y semejanza de la monarquía constantiniana). Tal invento satisfacía, por un extremo, las necesidades religiosas de las masas iletradas (que desde hacía tiempo, con uno u otro nombre, rendían culto al sol), y, por el otro, a los anhelos filosóficos de las elites gnósticas y neoplatónicas (que habían comparado desde siempre el *Lógos* y el Bien con la luz).

Ese era, pues, el dios único que Octavio defendía y encomiaba ante Cecilio con las armas de la Cultura. El Dios de los cristianos estaba preparándose, ilustrándose (faltaban sólo algunos ajustes), para servir de máscara al Imperio (ahora el mundo entero) y conducir a su rebaño por el camino recto de la Historia (ahora universal).

El «milagro» del puente Mulvio acaso haya que interpretarlo como un rechazo de Constantino a la tetrarquía, como un golpe de mano (o de pecho) para establecer la monarquía y concentrar en uno solo (presente en todas partes) las riendas del Imperio. Parece una broma, pero fundó una nueva capital con su nombre, Constantinopla, bautizó a sus tres hijos varones con los nombres de Constantino, Constancio y Constante, a una de las hembras Constantina, y además (y esto ya no es una broma) acuñó una moneda única, el *solidus*⁸, la más fuerte de la Antigüedad tardía hasta bien entrada la Edad Media.

7. Resurrección de la carne y vida eterna

«Y es que los infelices están convencidos de que serán completamente inmortales y de que van a vivir eternamente, y, además, desprecian la muerte y muchos la arrostran por propia voluntad». Luciano de Samósata habla así en su obra *Sobre la muerte de Peregrino* (XIII) de la ridícula fe de los cristianos en la resurrección de la carne y la vida eterna. A muchos otros (Plinio, Trajano, Celso, M.Aurelio) los desconcertaba semejante disposición de los siervos de Cristo ante el martirio. Cecilio se ríe de ese dogma del Credo cristiano sin pudor alguno (en XI,2: «dicen que ellos resucitan tras la muerte») e inquisitivo lo fustiga: «me gustaría de todos modos averiguar si con los cuerpos y con qué cuerpos se resucita, si con los mismos o con otros nuevos. ¿Sin cuerpo? Eso, que yo sepa, no es ni pensamiento, ni alma, ni vida. ¿Con el mismo cuerpo? Pero si ya fue destruido ¿Con otro cuerpo? Entonces nace un nuevo hombre, no se restituye el de antes» (XI,7).

⁸ Desde el 315 el *chrismón* o monograma de Cristo figuró en el reverso de las monedas.



Octavio sostiene, en su réplica, el dogma, parece que del todo extendido entre las comunidades cristianas del s.II (Clemente Romano, los apologistas Aristides y Atenágoras de Atenas, Ireneo de Lyon y Tertuliano lo habían defendido ya), pero poco encuentra en la tradición cultural helénica para argumentarlo con las armas del enemigo. La teoría divulgada pitagórico-platónica de la transmigración de las almas es lo que le coge más a mano, y admite, con la cabeza gacha, que sólo en cierto sentido los sabios han preludiado esta verdad de la Fe.

Por el escaso tratamiento que el cristiano concede al tema cabe pensar que no era muy bien recibido este artículo del nuevo Credo en los ambientes intelectuales de la época. Más bien eso de la salvación individual y la vida eterna era algo que tenía en común el cristianismo con los múltiples cultos místéricos que proliferaron por el Imperio entre las masas no ilustradas. Los gnósticos, algunas corrientes filosóficas (los neoplatónicos, por ejemplo) y muchos cristianos que fueron considerados herejes por la ortodoxia (Marción, pero también Orígenes y Clemente de Alejandría), y hasta el obispo Sinesio, se deslizaron hacia una posición más acorde con la Filosofía: creían en la inmortalidad del alma, que volvía a Dios, su connatural, tras su estancia en el mundo. Estas posturas heterodoxas produjeron, a la contra, un sin fin de literatura teológica sobre la eternidad (o no) del alma, la resurrección de la carne y la vida del mundo futuro, que, sin embargo, nunca logró acallar del todo la pregunta de Cecilio.

La argumentación de Minucio es pues un tanto débil todavía. No obstante, su explicación, de corte filosófico (cientifista para nosotros), pretende agradar a su oponente: dibuja a Dios como un arquitecto de átomos (*elementorum*), capaz, después de la muerte, de reconstruir los cuerpos que Él mismo había creado y descompuesto (cf. XXXIV,9-10).

8. Lo que no se nombra...

Desde la primera lectura del *Octavio* sorprende la ausencia absoluta de referencias directas al Cristo. ¿No conocería Minucio Félix la figura del Redentor? Seguro que sí. Hay que pensar, más bien, que al público intelectual al que iba dirigida la obra, tal como se percibe en la acusación de Cecilio («y adoran a un hombre, condenado a la pena capital por su crimen, y los maderos de una cruz» CIX,4C), le repugnaba la adoración a un humano, más todavía si había muerto como un criminal. El cristiano niega (en la frontera de la herejía) tales cargos y contraataca: en todo caso eran ellos (léase el capítulo XIX), los *gentiles*, los que cometían la aberración de adorar a un hombre (el emperador), y dar culto a la forma de la cruz (en estandartes, insignias, trofeos...).



El problema de la divinidad o humanidad del Cristo, su encarnación, pasión, muerte y resurrección está ausente por completo del diálogo. La cristología, ya iniciada en la obra de Tertuliano, habría de convertirse en un enjambre de problemas: ¿era Jesús de Nazaret sólo un hombre perfecto?, ¿era Dios y no hombre?, ¿era hombre y Dios?, ¿y, si era Dios, había más de un Dios?, ¿nació o no de María virgen?, ¿tuvo hermanos carnales Cristo o no? ¿sufrió a la manera humana en su pasión y muerte? El docetismo, el gnosticismo, el arrianismo, el apolinarismo y otras herejías tomaron sendas no ortodoxas. El concilio de Nicea y el de Constantinopla vinieron a darle forma definitiva, sobre el soporte léxico de la Filosofía, a la teología trinitaria, que definió para siempre las misteriosas relaciones entre las tres personas (el Hijo, el Padre y el Espíritu Santo) del sólo Dios verdadero. Desde el de Éfeso la divinidad de María y el misterio de la encarnación serían dogmas de fe. En el *Octavio*, muy probablemente por no predisponer en su contra a los destinatarios del diálogo, y porque aún no se contaba con una Teología completa sobre estos artículos del Credo, no se tocan tales cuestiones.

Tampoco la Iglesia Católica, la comunión de los santos ni el perdón de los pecados reciben ningún tipo de tratamiento: en época de Minucio la Iglesia cristiana aún no había escrito su Historia, ni siquiera estaba muy firmemente constituida (los problemas de disciplina eclesiástica a los que se enfrenta Cipriano, a mediados del s.III, así lo indican), no había imaginiería desarrollada sobre la vida en la gloria, y el bautismo, ritual de la conversión, limpiaba, por sí solo, de pecados al neófito.

C. LITURGIA: ¿CÓMO REZAR?

Uno y otro disputante están de acuerdo en que la divinidad interviene en los asuntos humanos y en la necesidad, por tanto, de una liturgia, o sea, un conjunto de prácticas rituales adecuadas (se acusan mutuamente de impíos y sacrílegos) que garanticen al creyente el beneficio de los dioses. La negligencia en tales deberes religiosos supondría (y ha supuesto de hecho, argumentan con múltiples ejemplos) la ruina del género humano.

Las celebraciones litúrgicas de los cristianos, un tanto extravagantes y mistericas, y su negativa a participar en las fiestas y ritos tradicionales y, más tarde, en las ceremonias del culto imperial (en tal actitud se fundamentaron, de hecho, algunas de las persecuciones más sangrientas⁹: se acusaba a los cristianos, en tiempos de crisis, de provocar la ira de los dioses por no observar los preceptos de la liturgia tradicional) extendieron ciertos rumores negros en torno a las prácti-

⁹ Las de Decio (250), Valeriano (253-260) y Diocleciano (303-304).



cas litúrgicas de las primeras comunidades: de ellos se hace eco en su discurso Cecilio. Decían las malas lenguas que celebraban reuniones nocturnas en las que se practicaba el infanticidio, el canibalismo, el incesto y toda clase de perversiones sexuales. En IX,6 cuenta Cecilio, con detalle y gracia, la puesta en escena de una de esas «orgías» cristianas: a un perro lo ataban a un candelabro y, cuando el ambiente estaba suficientemente caldeado, le arrojaban un trozo de carne, para que el animal dejara, inocente cómplice de la lujuria, el lugar a oscuras.

En otros pasajes los acusa de otras aberraciones litúrgicas: adorar una cabeza de asno, o los genitales de sus sacerdotes o a un crucificado (como hemos visto). Pero todo eso eran rumores: la acusación más fundamentada y seria que Cecilio formula contra los cristianos en lo que a liturgia se refiere es la de iconoclastia: «¿por qué no tienen altares, ni templos, ni imágenes conocidas?» (X,2).

Además (insiste Cecilio), no incineran a los muertos, ni participan en los ritos y costumbres de la vida religiosa y social: espectáculos diversos como el teatro, el anfiteatro, el circo, procesiones, banquetes públicos, certámenes sagrados, altares, flores, ungüentos.

Octavio (abogado de profesión, seguramente experto en procesos contra cristianos) reconoce haber dado crédito en otro tiempo a esas calumnias (en XXVIII,2), y, por retorsión, las vuelve contra el pagano: ellos sí que cometían infanticidios y actos de canibalismo y toda clase de desenfrenos lujuriosos, sus dioses (en XXXI,3: «vosotros sí que adoráis a dioses incestuosos, que se ayuntan con la madre, con la hija, con la hermana») y sus sacerdotes sí que estaban corruptos. Por debajo de las diferencias, ambos reconocen el mismo catálogo de «delitos» litúrgicos.

Acepta, sin embargo, Octavio la acusación de iconoclastia y la de no asistir a los ritos tradicionales ni a las celebraciones públicas, y añade un feroz ataque a la idolatría, a la ridiculez y crueldad de los misterios paganos y a la inmoralidad de los espectáculos, un recurso muy frecuente y rentable entre los apologistas (desde Tertuliano hasta S. Agustín).

Aunque no con mucha contundencia, reconoce preferir la inhumación (es más antigua y mejor –argumenta–) a la incineración como método de enterramiento.

La postura iconoclasta y de rechazo a las ceremonias públicas (y los espectáculos) que luce Octavio («el hombre mismo es la imagen de Dios» –XXXII,1–, dice: el templo de Dios es nuestra mente y nuestro pecho; nuestros sacrificios son las buenas obras) no sería, desde luego, la triunfadora al final del proceso de cambio (o de sustitución, o de ensamblaje) que estamos desvelando. Era necesario un reajuste. Al decir de Ireneo de Lyon, Carpócrates, el gnóstico, fue el primero que fabricó una imagen de Cristo. Se sabe que Alejandro Severo tenía un busto del



Maestro de Nazaret en su larario, junto a los de Abraham, Moisés, Orfeo, Pitágoras y Apolonio de Tiana. Todavía Eusebio de Cesarea, que conoció una imagen de Jesús sanadora en su patria, criticaba que se le rindiera culto. Las catacumbas, contra lo que se piensa, no son anteriores al s.III: pintadas en sus paredes, como primeros temas figurativos, aparecen imágenes del Buen Pastor, los peces, los panes, la Virgen con el niño, Adán y Eva, Jonás y la ballena y otras escenas bíblicas.

Tras la conversión de Constantino, la postura iconoclasta de Octavio no era más que un recuerdo: las basílicas (edificios públicos dedicados a actividades mercantiles y judiciales) se reconvirtieron en lugares de culto; se instituyó la semana con el domingo como día del Señor (*dominica dies*), dedicado a la celebración de los ritos litúrgicos y al descanso del trabajo (a imagen y semejanza de la Creación); en el calendario de Filócalo, fechado en el 354, junto a fiestas paganas (un síntoma de la «coexistencia pacífica» del s.IV) figuran la Pascua cristiana y fechas de aniversarios de muerte de mártires y obispos.

Hay que considerar, además, los efectos de rebote en las prácticas sacramentales de la universalización de la religión cristiana bajo Teodosio: el bautismo, que en tiempos de Minucio suponía los ejercicios espirituales del catecumenado que podían durar hasta tres años («los cristianos se hacían, no nacían»), se empezó a administrar a una edad más temprana y sin tanta preparación doctrinal; la eucaristía, una sobria celebración comunitaria, dedicada, en principio, a la lectura de la palabra de Dios y a compartir el pan y el vino, adquirió la pompa y el fasto de la corte; la penitencia, concebida en los dos primeros siglos como un reconocimiento público de las ofensas y faltas cometidas, se fue desarrollando (y privatizando), al par que se producía literatura sobre los horrores del infierno y el castigo correspondiente a cada pecado (adulterio, aborto, fornicación, asesinato, usura, calumnia, apostasía, idolatría...).

Arcadio, hijo de Teodosio, heredero del imperio oriental, ordenó en el 399 la demolición de los templos rurales; Honorio, su hermano, heredero de Occidente, entre el 407 y el 415, confiscó los ingresos de los templos y prohibió las ceremonias religiosas paganas. Los *Juegos Olímpicos* (más difícil de erradicar fueron las carreras del circo, a las que las masas urbanas asistían enfervorecidas todavía a finales del s.V) dejaron de celebrarse por orden imperial, en el 394, y los misterios de Eleusis en el 396. Pero, a cambio, el culto a las reliquias de mártires y santos (sustitutos de los dioses y héroes locales), las peregrinaciones, procesiones y romerías, las parroquias para la evangelización de las zonas rurales y las obras de beneficencia (asistencia a pobres, viudas, huérfanos, presos, liberación de esclavos, etc.), favorecidas desde principios del s.V por el desvío de fondos hacia la Iglesia, los nuevos, florecientes y abundantes monasterios hicieron prender fácilmente el nuevo Credo en las masas iletradas. Una parte importante de la nueva



literatura cristiana iba a dedicarse al establecimiento de usos y normas para la vida litúrgica de los feligreses en general (catequesis bautismales, catecismos diversos) y del clero en particular (reglas eclesiásticas y monásticas).

Que la estética del Poder y los fastos del Imperio (el repentino desarrollo de la Hímnica cristiana en el s.IV lo demuestra) sedujeron desde el principio a la jerarquía eclesiástica se deduce, sin más, de la entusiasta descripción que Eusebio de Cesarea hace del primer concilio ecuménico, convocado por Constantino, y al que asistieron unos trescientos obispos: «de todas las Iglesias que llenaban Europa entera, Libia y Asia, se reunió la flor de los ministros de Dios [...] Tras levantarse todos a la señal que anunciaba la llegada del emperador, inmediatamente entró él por medio, como un ángel celestial de Dios, despidiendo destellos de su manto refulgente como con centelleos de luz, resplandeciente con los reflejos brillantes de la púrpura, engalanado por los rayos luminosos del oro y las piedras preciosas [...] Los lanceros y la escolta, puestos en círculo, con los filos de sus espadas desnudos montaban guardia a las puertas del palacio. Y por medio de ellos, sin temor alguno, los hombres de Dios entraban a las dependencias reales. Luego unos se sentaron a la misma mesa que el emperador; otros se pusieron al lado, en lechos colocados en círculo. A cualquiera podría parecerle que estaba contemplando una imagen del reino de Cristo, y hallarse más en un sueño que despierto. Tras un magnífico banquete, el emperador puso fin al acto honrando a cada uno con espléndidos regalos según sus méritos y dignidad» (*Vita Constantini*, III, 7, 10 y 15).

D. ÉTICA Y POLÍTICA: ¿CÓMO VIVIR EN SOCIEDAD?

Los sacrificios del cristiano a Dios (juez, además, implacable en Minucio) son sus obras: se entiende así la importancia que las cuestiones éticas cobraron en la constitución del nuevo ideal durante los dos primeros siglos. Las *Cartas* de S.Pablo y los Padres Apostólicos a las distintas comunidades, la *Doctrina de los Apóstoles* y el *Pastor* de Hermas ya contenían un sin fin de advertencias morales a los posibles oyentes. La apocalíptica y la herejía montanista (en el *Octavio* se desliza algo de ese rigor) produjeron a mediados del s.II una intensificación del celo cristiano en cumplir los preceptos de su Señor. La renuncia al servicio militar (¿se le iba a permitir a un cristiano blandir la espada, cuando el Señor había dicho que todo el que se sirviera de la espada, habría de perecer por ella?, se cuestionaba Tertuliano) y a ocupar cargos en la magistratura provocó en el 177 la primera amonestación seria del poder político a la nueva secta. Celso, su portavoz, al final del *Discurso verdadero*, buscando a las claras la concordia, exhorta a los cristianos a no eludir los deberes cívicos ni el servicio militar y a participar en la vida



política. Nunca fue, de todas formas, demasiado rotunda la negativa de los cristianos a desempeñar tales funciones: el propio M. Aurelio tuvo ya ocasión de ganar una batalla con un ejército mayoritariamente cristiano.

La postura de Octavio al respecto está cerca de la más moderada que se expone ya en la *Epístola a Diogneto* (V,5): «viven en sus países correspondientes, pero como extranjeros; aceptan todos sus deberes de ciudadanos y sufren todas las desventajas como extranjeros; cualquier tierra extraña es su patria y cualquier patria les resulta extraña». Bien podrían haber salido esas palabras de la boca de un estoico cosmopolita de la época.

A Cecilio le escandaliza, no obstante, la conducta civil de los llamados hermanos en Cristo, la cantidad de mujeres y ciudadanos de dudosa condición que nutren sus filas: los acusa, por un lado, de cometer crímenes y delitos morales de todo tipo, de celebrar reuniones clandestinas, de estar ausentes de la vida pública, y, por otro, de una austeridad incomprensible, un rechazo casi sacrílego de los placeres mundanos, un regocijo enfermizo en la pobreza, la miseria, el sufrimiento, una indolencia proverbial ante el tormento y la muerte misma.

El cargo de inmoralidad se refuta por retorsión (lo que implica que están de acuerdo uno y otro en qué es lo inmoral): Cecilio y los suyos son los inmorales (repletas están vuestras cárceles de criminales, le dice). En la réplica de Octavio se sienten, además, los comienzos de la enorme cantidad de producción oral (sermones) y escrita (tratados) sobre ética de la pureza, el amor fraterno, la templanza, la castidad, la paciencia, y ascética en general para dominio de las pasiones (o tentaciones) con que los cristianos iban a responder a las acusaciones de inmoralidad. Epicteto, Musonio Rufo, Plutarco, Séneca (otra vez la Filosofía) eran algunos de los autores paganos en los que la intelectualidad cristiana iba a mirarse para explicar en los ambientes culturales, por asimilación con estoicos y platónicos, las implicaciones éticas del nuevo Credo. Tales doctrinas filosóficas habrían de confluir en la obra de Orígenes y Clemente de Alejandría, y pasar, a través de ellos, para la elaboración definitiva de una Ética cristiana culta, a los Padres del s.IV.

Acepta, en cambio, Octavio los cargos de despreciar los bienes materiales (el *contemptus mundi*) y aceptar (incluso con alegría) los rigores de la pobreza, la austeridad, el sufrimiento y la muerte. La *virtus* moral que da carácter al *miles Christianus*, al soldado de Cristo, consiste en esto: en considerar las desgracias y los males una escuela de fortaleza. La lucha contra el dolor (querido, lógicamente, por un Dios todopoderoso) se concibe como un espectáculo para la divinidad; la muerte, como puerta a otra vida más gloriosa; Dios mismo, de manera reveladora, como un emperador que observa a sus ejércitos maniobrar en la batalla, ofreciendo el galardón de la vida eterna a los más heroicos. Al fin y al cabo (concluye Octavio) «todos vuestros hombres valientes, a los que ponéis como ejemplo, con sus fatigas alcanzaron la gloria» (XXXVI,8).



Si la teología de Minucio se nos revelaba filosófica, y, en cierto sentido «heliocéntrica» (más bien «griega»), su ética tiene, sin duda, mucho de militar (de «romana»): los martirologios, las vidas de santos, la literatura ascética y mística fueron perfilando, a través de los siglos, el nuevo ideal de persona.

Los cristianos se presentan, pues, en el *Octavio*, como una auténtica legión del Altísimo en la tierra, dispuestos a cumplir, aún a costa de su vida, el plan de la Providencia, a dar testimonio de su Fe y extenderla por el Mundo entero: «nos parece que somos muchos, pero para Dios somos todavía pocos. Nosotros distinguimos pueblos y naciones: para Dios todo este mundo es una sola casa» (XXXIII, 1).

Ya Taciano el sirio, uno de los primeros apologistas, había dicho: «debería haber un mismo código legal para toda la Humanidad, y una misma organización política»

¿Qué mejor ejército que el cristiano podía desear un emperador para cumplir esos fines? Sólo hacía falta que el emperador se convirtiera (eso fue lo que hizo Constantino), o más, que convirtiera en cristianos a todos sus súbditos (eso fue lo que hizo Teodosio).

Los cristianos en tiempos de Minucio, tras aceptar los deberes civiles que el Estado romano imponía, predicaban la austeridad en las costumbres y reclamaban al poder imperial el cese de las persecuciones. Apenas siglo y medio más tarde, tenían que aguantar las denuncias de los más honestos de los suyos contra las riquezas que iba acumulando el clero y, amos del mundo, por boca de su más alta autoridad en Occidente, S. Agustín, entonaban en el año 417 barbaridades como esta: «hay una persecución injusta, que promueven los impíos contra la Iglesia de Cristo, y hay una persecución justa, que promueven las iglesias de Cristo contra los impíos» (Carta CLXXXV).

La ética cristiana, el nuevo ideal, mezcla de sabio, santo y soldado, se había convertido en una norma de conducta para los súbditos del Imperio (o mejor, la moral dominante se había puesto su máscara cristiana), y a herejes y paganos les tocaba sufrir ahora las ansias universalistas del nuevo Dios.

CONTRA CREDO Y CULTURA

Bueno, pues ahí queda ordenado en palabras lo que la lectura de la obra de Minucio nos ha dejado oír de las íntimas relaciones que entre el Credo cristiano y la Cultura pagana se establecieron hasta el estreno oficial, en la monarquía de Teodosio, de la nueva máscara de la ideología dominante, la Religión (y Cultura) cristiana.

No nos importa demasiado si el proceso histórico se quiere ver como un injerto de lo cristiano en lo pagano, como una sustitución de lo pagano por lo cristiano, o como una transformación paulatina de lo uno en lo otro. Sea como sea,



tienen en común haber servido al Poder (antes, o después, o a la vez: eso da igual) de sustento ideológico. O dicho desde el otro lado: la ideología dominante, en distintas fases de su continua transformación, se llamó pagana y cristiana.

Las semejanzas de fondo entre una y otra postura, enfrentadas en la ficción de Minucio, han venido a desmentir el tópico del conflicto: Octavio proponía a Cecilio una «filosofía verdadera», o sea, una religión (con una teología monoteísta, una liturgia, no por iconoclasta, menos piadosa, y una ética ascético-militar), argumentada con las armas del no cristiano, que no eran otras que las de la Cultura helenística.

Por si fuera poco, las diferencias más notables, las dificultades mayores que el cristianismo expuesto en el *Octavio* encontraba todavía para servir al Poder, ya hemos indicado, aunque brevemente, los procedimientos por los que fueron resolviéndose: en su camino de ascensión al trono, los cristianos inventaron la Historia Universal y su Progreso, sancionaron definitivamente los artículos de su Credo, concibieron la culpa personal como causa de la desgracia humana, retrasaron *sine die* el Día del Juicio, dejaron de ser (¡y de qué manera!) iconoclastas, asumieron la ética militar del sufrimiento y la obediencia al superior, libraron un combate ascético contra las pasiones, y revistieron su religión, para convertir a los intelectuales (eso ya lo hacía Octavio), con el prestigio de la *Paideía*, hasta hacer de ella una Cultura cristiana, que podía enseñarse en la escuela, en aulas, ahora con crucifijos.

O sea, que hubiera transformación o injerto o sustitución, lo cierto es que la ideología dominante, el sostén ideológico del Poder, enarbó la bandera de Cristo a finales del s.IV. Roma se preparaba para llegar a ser el Sacro Imperio, en tanto que la Iglesia, ya Católica y Apostólica, se añadía el sobrenombre de Romana.

Y nada más: lo menos que puede uno hacer, si no quiere que la lectura de estas páginas le sirva para tener más fe (cristiana o pagana) o más cultura, es aplicarse el cuento.

Si me permite el lector, le dejo unas instrucciones: se mira usted bien adentro y repasa así, en plan meditativo, los artículos del Credo de Nicea, el sustento ideológico de la Cultura cristiana y del Sacro Imperio Romano (Germánico, Español, Francés, Inglés, Alemán, Norteamericano y Europeo, o Supranacional). Los repasa uno a uno, a ver cuántos se cree o cuánto se cree de cada uno. Si se los cree todos, no hay problema: es usted cristiano: allá cada uno con su conciencia. Pero, si cree que no se cree ninguno o que no se cree alguno, no se relaje: póngase alerta, no sea que alguna creencia alternativa, aparentemente distinta, más moderna (también era un moderno Octavio el cristiano, un progresista, comparado con el pagano, el reaccionario Cecilio), esté sustituyendo su posible falta de fe.

Como antídoto contra las nuevas caras de Dios léase, por ejemplo, esta solemne estupidez, pronunciada (la encontré en un periódico que se llama para



colmo *La Razón*, en su número del 17 de octubre pasado) por la boca de... («se dice el pecado, pero no el pecador») un reputado intelectual: «hoy en día, los científicos están encontrando la solución a las grandes cuestiones con que siempre han especulado los pensadores. La ciencia ha resuelto enigmas capitales como la vieja pregunta de «¿por qué existo?» Cualquier neurólogo ofrece al hombre más respuestas que Descartes. No por ello hay que dejar de leer filosofía: sirve para definirnos en el mundo, para crear un lenguaje común mediante el cual podamos sentarnos a hablar los humanos de cualquier origen».

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., *Catecismo de la Iglesia Católica*, Asociación de Editores cristianos, Madrid 1992.
- BAYET, J., *Literatura latina*, Ariel, Barcelona 1996 (10 ed. 1965).
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M^o, *El nacimiento del cristianismo*, Síntesis, Madrid 1990.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M^o, *Intelectuales, ascetas y demonios al final de la Antigüedad*, Cátedra, Madrid 1998.
- BROWN, P., *El mundo en la Antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, Taurus, Madrid 1991 (10 ed. 1971).
- BURCKHARDT, J., *Del paganismo al cristianismo. La época de Constantino el Grande*, F. C. E., México 1945 (10 ed. 1853).
- CANDÁU, J. M^o-GASCÓ, F.-RAMÍREZ DE VERGER, A. (ed.), *La conversión de Roma. Cristianismo y Paganismo*, Ediciones Clásicas, Madrid 1990.
- CASOLI, G., *ACreo en... @ Comentario al Símbolo de Nicea*, Ciudad Nueva, Madrid 1995.
- CUMONT, F., *Las religiones orientales y el paganismo romano*, Akal, Madrid 1987 (10 ed. 1906).
- DODDS, E. R., *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1975 (10 ed. 1968).
- ERNOUT, A.-MEILLET, A., *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, Klincksieck, París 1985 (10 ed. 1932).



- FARRINGTON, B., *Ciencia y filosofía en la Antigüedad*, Ariel, Barcelona 1992 (10 ed. 1969).
- GARCÍA CALVO, A., *De Dios*, Lucina, Zamora 1996.
- GASCÓ, F., *Sociedad y cultura en tiempo de los Severos*, Coloquio, Madrid 1988.
- GERARD, A.-M., *Diccionario de la Biblia*, Anaya, Madrid 1995 (10 ed. 1989).
- GIGON, O., *La cultura antigua y el cristianismo*, Gredos, Madrid 1970 (10 ed. 1966).
- GIORDANO, O., *Religiosidad popular en la alta Edad Media*, Gredos, Madrid 1983 (10 ed. 1979).
- JAEGER, W., *Cristianismo primitivo y paideia griega*, F. C. E., México 1993 (10 ed. 1961).
- LESKY, A., *Historia de la literatura griega*, Gredos, Madrid 1982 (10 ed. 1963).
- LÓPEZ FÉREZ, J. A. (ed.), *Historia de la literatura griega*, Cátedra, Madrid 1992 (10 ed. 1988).
- MARROU, H.-I., *Saint Augustin et la fin de la Culture antique*, Éditions E de Boccard, París 1983.
- MARROU, H.-I., *Decadencia romana o antigüedad tardía? Siglos III-IV*, Rialp, Madrid 1980 (10 ed. 1977).
- MINUCIUS FELIX, *Octavius* (ed. y trad. al fr. J.BEAUJEU), Les Belles Lettres, París 1974.
- MINUCIUS FELIX, *Octavius* (ed. B.KYTZLER), Teubner, Leipzig 1982.
- MINUCIUS FELIX, *Octavius* (ed. M.PELLEGRINO), C. S. L. P., Torino 1950.
- MOMIGLIANO, A. (ed.), *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el S.IV*, Alianza Universidad, Madrid 1989 (10 ed. 1963).
- MONTSERRAT TORRENTS, J., *La sinagoga cristiana. El gran conflicto religioso del s.I*, Muchnik, Barcelona 1989.
- ORLANDIS, J., *Historia breve del cristianismo*, Rialp, Madrid 1997 (10 ed. 1983).
- PIÑERO, A. (ed.), *Orígenes del cristianismo. Antecedentes y primeros pasos*, Ediciones el Almendro, Madrid 1995 (10 ed. 1991).
- QUASTEN, J., *Patrología II, La edad de oro de la literatura patristica griega*, B.A.C. (217), Editorial Católica, Madrid 1977 (10 ed. 1960).
- RUIZ BUENO, D., *Padres Apostólicos*, B. A. C. (65), Editorial Católica, Madrid 1974.
- SÁNCHEZ FERLOSIO, R., *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, Destino, Barcelona 1993.
- SÁNCHEZ SALOR, E., *Polémica entre cristianos y paganos*, Akal, Madrid 1986.
- SORDI, M., *Los cristianos y el imperio romano*, Ediciones Encuentro, Madrid 1988 (10 ed. 1983).
- WALBANK, F. W., *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente*, Alianza Universidad, Madrid 1981 (10 ed. 1969).
- WELLS, C., *El Imperio Romano*, Taurus, Madrid 1986 (10 ed. 1984).



APÉNDICE DE NOMBRES PROPIOS

AUTORES DE LOS SIGLOS I AL V

CRISTIANOS

Escritos anónimos

Evangelios apócrifos.- Circularon muy diversas versiones de los Evangelios durante los siglos I y II p.C., primero en griego, luego en latín. Los apócrifos tienen el interés de ofrecernos reflejos de la vida y pasión del Cristo que no figuran en las versiones canónicas.

Doctrina (didaché) de los Apóstoles.- Redactada en griego antes del año 70, es el catecismo más antiguo (más que algunos escritos del *Nuevo Testamento*) de la doctrina: compendio de liturgia, disciplina eclesiástica y ética cristiana. Pronto se tradujo al latín. Algunos lo consideraron, antes de la constitución del canon a finales del s.II, obra de culto. Procede, probablemente, de Siria. Su estilo, muy sencillo, se dejó sentir notablemente en toda la literatura cristiana primitiva. Se inicia de forma un tanto maniquea, con la teoría o imagen de los dos caminos, el bueno y el malo. Prohíbe expresamente la magia y la hechicería. Contiene curiosas advertencias contra los falsos profetas, charlatanes y caraduras que, haciéndose pasar por doctores, profetas o apóstoles carismáticos, se aprovechaban de la ingenua hospitalidad de las primeras comunidades.

Martirio (passio) de Perpetua y Felicidad.- Redactada en latín en la primera década del s.III (el martirio tuvo lugar bajo Septimio Severo), se convirtió en modelo de un género, el martirologio, que produjo una treintena de obras hasta el s.VI, y que sirvió como instrumento de propaganda de la doctrina, primero, y de educación, en las escuelas de la Iglesia, después. Los martirios ilustran de manera sobresaliente la fortaleza como virtud del «soldado cristiano», que está dispuesto a dar la vida por la idea.

Oráculos Caldeos.- Atribuida a Juliano el Teúrgo, que vivió en tiempos de Marco Aurelio, esta obra, escrita en hexámetros griegos, destinada a difundir principios revelados, se convirtió en el texto canónico de las creencias mágico-teúrgicas que tanto habrían de influir en los neoplatónicos. Junto a doctrinas de origen oriental, se exponen otras estoicas, neopitagóricas y propias del platonismo medio, todas ellas filtradas por cierto misticismo filosófico.

Oráculos Sibílinos.- Doce libros de profecías escatológicas atribuidas a la Sibila, compuestos desde el s.III a.C. hasta el II p.C., de carácter apologetico y apocalíptico. Late en ellos el odio a Roma y el anuncio de calamidades que han de venir a castigar desde el Cielo a la dueña del mundo. La literatura apocalíptica



floreció a finales del s.I, justo después de que las tropas de Tito destruyeran Jerusalén. A pesar de su ortodoxia judía, se nota en ellos cierta proclividad hacia lo helénico.

APÓSTOLES Y EVANGELISTAS

En lengua griega

BERNABÉ.- (s.I) Acompañante de Pablo en su viaje evangelizador a Chipre, fue uno de los que participaron en el «concilio» de Jerusalén en el año 49. Defendió, frente a la tesis de Santiago, más conservadora, las innovaciones del centurión converso. La carta a él atribuida por Clemente de Alejandría, es, en verdad, un manual de catequesis de época de Adriano. Se percibe en ella un germen de lo que luego sería la interpretación alegórica de los textos.

ESTEBAN (SAN).- (?-34/6) Diácono de Jerusalén, jefe de los siete helenistas, acusado de blasfemia por criticar la liturgia del templo y lapidado por los judíos, es símbolo para nosotros del inicio de la ruptura entre cristianismo y judaísmo. Los helenistas (sus nombres, Felipe, Nicanor, Prócoro, Timón, Pármenas, Nicolás, citados en los *Hechos de los Apóstoles*, demuestran un alto grado de helenización), perseguidos, abandonaron, tras su martirio, Judea y se instalaron en torno a Antioquía, donde empezaron a ser conocidos como *christiani* (o *chrestiani*), 'seguidores de Cristo'.

JUAN (SAN).- (?-100) Judío helenizado, considerado apóstol de las Iglesias de Asia, predicó en Palestina y Éfeso. «Columna de la Iglesia», como Santiago y Pedro, es autor de uno de los Evangelios canónicos, el más «gnóstico» de todos, el más centrado en la figura del Maestro. A él se atribuyen tres cartas del *corpus* neotestamentario, y también, de manera más que dudosa, el *Apocalipsis*, un panfleto contra el emperador Domiciano y Roma, la «gran ramera». Durante la persecución de Domiciano precisamente fue deportado a Patmos.

JUDAS (SAN).- (s.I) Apóstol, hermano de Santiago, se le atribuye una epístola del *corpus* neotestamentario dirigida a judíos cristianos de lengua griega, en la que se ensalza a la figura de Jesús como único salvador.

LUCAS (SAN).- (s.I) Judío muy influido por la Cultura helénica, autor de uno de los Evangelios canónicos (el más tardío, el más universalista, el menos judaico) y, aunque con dudas, de los *Hechos de los Apóstoles*, que narran las andanzas evangelizadoras de Pedro y Pablo.

MARCOS (SAN).- (s.I) Judío helenizado, apóstol en Alejandría, autor de uno de los Evangelios canónicos, el primero que se redactó.

MATEO (SAN).- (s.I) Judío helenizado, autor de uno de los Evangelios canónicos, quizás en su conjunto más próximo que los otros a la ortodoxia mosaica.



PABLO DE TARSO (SAN).- (?-64/7) Fariseo, hijo de fariseo, fabricante de lonas y alfombras (en sus escritos reivindica el trabajo manual como lo único que da derecho al sustento), converso en el 36 tras el martirio de Esteban, apóstol (de los gentiles, muy viajero por cierto) en Antioquía, Chipre, Asia Menor, Frigia, Galacia, Macedonia, Grecia, Jerusalén, Roma, quizás también en Hispania, autor del *corpus* neotestamentario de las *Epístolas Paulinas* (fundamento de la ortodoxia teológica posterior), trece en total, seis de ellas seguramente espurias, había intentado mostrar, en su predicación en Atenas, la convergencia entre la Filosofía griega y el Evangelio. Sus andanzas se conocen por los *Hechos de los Apóstoles*. Murió mártir en Roma. En su carta 10 a los corintios se contiene uno de los primeros credos o 'símbolos' cristianos.

PEDRO (SAN).- (?-64) Judío helenizado, apóstol (de los judíos) en Palestina, Antioquía, Corinto y Roma, murió mártir en la Urbe. Se le atribuyen dos epístolas del *corpus* neotestamentario.

SANTIAGO EL MAYOR (SANTO).- (?-43) Una de las columnas de la Iglesia, hermano de Juan, acaso misionero en Hispania, murió mártir, decapitado, por orden de Herodes Agripa.

SANTIAGO EL MENOR (SANTO).- (?-62) El «hermano del Señor», jefe de los judeo-cristianos en la Iglesia de Jerusalén, cedió ante las tesis innovadoras de apertura a los gentiles de Pablo y Bernabé en el «concilio» del año 49. Se le atribuye una epístola del *corpus* neotestamentario. Fue lapidado junto a algunos seguidores por instigación del sumo sacerdote Ananías II.

PADRES APOSTÓLICOS

En lengua griega

CLEMENTE ROMANO (SAN).- (s.I) Tercer obispo de la Urbe, acaso pariente del emperador Domiciano, según una tradición de dudosa autenticidad mártir en tiempos de Trajano (con un ancla amarrada al cuello habría sido arrojado al mar), su *Carta a los Corintios*, redactada en griego a finales del s.I y traducida al latín unos cincuenta años más tarde, es quizás el documento no bíblico en latín más antiguo. Aparte de otras cuestiones (advertencia contra disensiones internas, defensa de la primacía de Roma, referencia primera al ave fénix como símbolo de la resurrección) en la carta ocupa un lugar eminente el tema, muy estoico, de la *homónoia* ('concordia') entre las partes, una idea común con la Filosofía y la Medicina griega. En medio de constantes referencias al *Antiguo Testamento* contiene, también, una súplica por los gobernantes: no hay que adorar a los emperadores, pero sí respetarlos como puestos por Dios. Se le atribuyen falsamente (quizás por la fama que alcanzó su nombre) dos cartas *Ad virgenes* (de ambos



sexos), en las que se dan consejos a los ascetas, y que probablemente son del s.III y se escribieron en Siria; unas *Constituciones Apostólicas*, de fines del s.IV, y las *Clementinas* (20 homilías, 10 libros de *Recognitiones* y dos *Epítomes*). Algunos le atribuyen también la *Carta a los Hebreos* y una segunda carta a los corintios que ni es carta ni es de Clemente: más bien se trata del ejemplo más antiguo de homilía.

IGNACIO DE ANTIOQUÍA (SAN).- (35-107) Uno de los Padres Apostólicos, obispo de aquella primera sede del cristianismo que fue Antioquía, de niño conoció a Pablo de Tarso. Tras una vida dedicada al desempeño de su cargo (él es el primer obispo conocido, el primer teórico del episcopado monárquico), murió mártir, víctima de una persecución de carácter local, en el anfiteatro, destrozado por las fieras en las *venationes* de las *Saturnalia* que celebraban el triunfo del emperador Trajano en Dacia. Sus reliquias fueron objeto de veneración. De sobrenombre *theophóros* ('portador-de-Dios'), nos ha dejado siete epístolas, en griego, a diferentes comunidades. La más conocida, la dirigida a los cristianos de la Urbe, escrita a principios del s.II, trata sobre asuntos de disciplina eclesiástica (reconoce la primacía de la Iglesia de Roma), aunque hay también en ella un germen de la futura Teología. Excelente conocedor del Evangelio de Juan, da cuenta en sus cartas de la extensión del gnosticismo en Asia Menor y comunica en ella cierta inquietud antidocética.

PAPÍAS.- (s.II) Obispo de Hierápolis (Frigia), discípulo de Juan y compañero de Policarpo, fue autor de cinco libros agrupados bajo el título de *Explicación de sentencias del Señor*, la primera obra exegética del *Nuevo Testamento*, de la que sólo se nos conservan algunos fragmentos.

POLICARPO DE ESMIRNA (SAN).- (69-155) Obispo de esta ciudad, discípulo de Juan, catequista de Ireneo, autor de epístolas en griego dirigidas a distintas Iglesias de Asia (de las que se nos conserva sólo una a los filipenses), murió mártir en la pira bajo Antonino Pío, como chivo expiatorio de la chusma, alterada tras varios terremotos. De su martirio circuló una versión en griego. Sus restos mortales fueron venerados como reliquias.

APOLOGISTAS

En lengua griega

ARISTIDES DE ATENAS.- (s.II) Autor de la primera apología antirromana conocida, escrita en griego y dedicada al emperador Antonino Pío. De marcada tendencia estoica, se afirma en ella que sólo los cristianos poseen un conocimiento verdadero de Dios. Ya se contiene en esta obra el dogma de la resurrección de la carne.



- ARISTÓN DE PELLA.**- (s.II) Autor de la *Discusión sobre Cristo entre Jasón y Papisco*, la primera apología conocida de carácter antijudaico.
- ATENÁGORAS DE ATENAS.**- (s.II) Ateniense de nacimiento, uno de los primeros apologistas, escribió, en griego, en el año 177, dirigida a Marco Aurelio y su hijo Lucio Cómodo, una *Súplica en favor de los cristianos*, en la que los defiende de las acusaciones de ateísmo, canibalismo e incesto. Fue el primero que intentó demostrar científicamente el monoteísmo. Además se sabe que escribió un tratado sobre la resurrección de los muertos.
- CUADRATO DE ATENAS.**- (s.II) Autor legendario de lo que pasa por ser la primera apología, en griego (claro), del cristianismo ante el poder imperial romano, la *Epístola a Diogneto*, dirigida al emperador Adriano, en la que se insiste en destacar la elevada catadura social y moral de los miembros de la nueva «estirpe». Contiene además una refutación de la idolatría y del judaísmo.
- IRENEO DE LYÓN (SAN).**- (130-202) Originario de Esmirna y discípulo de Policarpo, lideró una comunidad de cristianos griegos en la Galia. Su obra más conocida, *Contra las herejías*, publicada en griego en el 185, es el primer ejemplo de apología antihéretica (dispara principalmente contra las herejías gnósticas y los marcionitas: el dogma de la resurrección de la carne ocupa el libro V), y lo convierte en el más importante teólogo del s.II. Escribió además la *Demostración de la predicación apostólica*, una catequesis bíblica. Reconoce, como S. Ignacio, la primacía de la Iglesia de Roma, pues la idea de unidad (de los fieles, de Dios, del *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*) recorre toda su obra.
- JUSTINO (SAN).**- (100-165) Nacido de padres paganos en Palestina, discípulo de estoicos, peripatéticos, pitagóricos y platónicos, converso luego en Éfeso, maestro cristiano en Roma, autor prolífico seguramente, sólo se conservan de él dos apologías (una dirigida a Antonino Pío, en la que condena los procedimientos judiciales seguidos contra los cristianos, y otra dirigida al Senado, en la que se dan curiosos detalles sobre los ritos bautismales y eucarísticos de la comunidad cristiana), y el *Diálogo con Trifón* (del 150), de contenido apologético antijudío (intentó demostrar en esta obra que Jesús de Nazaret era efectivamente el Mesías que hacía tiempo esperaba el pueblo de Israel). Denunciado por el cínico Crescente, murió mártir en la Urbe bajo el poder de Marco Aurelio. Las actas de su martirio se difundieron entre los fieles. Es, sin duda, Justino el apologista más importante en lengua griega. Se preocupó, contra los presupuestos de Taciano o Tertuliano, por señalar las semejanzas del cristianismo con las teorías de Platón y la Filosofía griega en general, por entroncar la nueva religión en la Cultura greco-romana: para Justino el cristianismo era la filosofía más perfecta.
- MELITÓN DE SARDES.**- (s.II) Obispo de la ciudad del mismo nombre, autor de una apología dirigida a Marco Aurelio en la que presenta al cristianismo como una nueva filosofía y alude, por primera vez, (Orosio desarrollaría el tema hasta el



extremo) a la coincidencia en la Historia del cristianismo con el Imperio romano. Niega, en contra de las posiciones montanistas, que la doctrina cristiana sea un peligro para el Estado y aboga por la conciliación.

TACIANO.- (s.II) Sirio de origen, de familia pagana, iniciado en cultos orientales, luego converso, hacia el 172 fundó la secta de los eucratistas o abstinentes, que rechazaban el matrimonio, comer carne y beber vino. Apologista en lengua helénica, autor del *Discurso contra los griegos* (un feroz panfleto contra la Cultura religiosa y filosófica griega, en el que refuta por retorsión las acusaciones de inmoralidad y canibalismo), mantuvo una actitud contraria a Justino: consideraba ridícula la Filosofía griega, en el mejor de los casos una copia de la sabiduría del *Antiguo Testamento*. Escribió también el *Diatessáron* o *Concordia de los Evangelios*.

TEÓFILO DE ANTIOQUÍA.- (s.II) Nacido cerca del Eúfrates, obispo de la capital de Siria, de sus numerosas obras, en griego, sólo se conservan los tres libros apologéticos de su *Ad Autolicum* (180), en los que, como asuntos principales, se ocupa de describir las vías de conocimiento de Dios, de atacar la idolatría, precisar el honor debido a los emperadores, denunciar la necesidad de la religión pagana y las mentiras y contradicciones de los poetas, refutar calumnias anticristianas y demostrar la superioridad y mayor antigüedad del cristianismo. Fue de los primeros en abordar el problema de la trinidad de Dios. Como Taciano y Tertuliano, rechazaba la Filosofía griega como fuente de errores y herejías.

En lengua latina

ARNOBIO.- (245-311) Rétor africano, converso en el 295, autor del *Adversus nationes*, una apología en prosa latina de 7 libros, que más que una defensa del cristianismo supone un ataque frontal a la religión pagana tradicional: escribió unos años antes de la libertad de culto decretada por Constantino, en tiempos de la última gran persecución, la de Diocleciano. Implícitamente rechazó la doctrina cristiana de la creación y la sustituyó por la cosmogonía platónica del *Timeo*. El motor de su apología: defenderse de una acusación ya vieja: que los cristianos eran la causa de los males que afligían al imperio.

LACTANCIO.- (250-320) Discípulo de Arnobio, africano también, rétor en Bitinia, converso, tras la persecución de Diocleciano preceptor de Crispo, el primogénito de Constantino, fue autor de varias obras apologéticas entre las que destacan las *Divinae Institutiones*, una exposición completa y sistemática de la doctrina cristiana contra el paganismo moribundo, el *De ira Dei* y el *De mortibus persecutorum*, una especie de ajuste de cuentas con el poder imperial (se fabrica en esta obra, publicada tras la *pax* constantiniana, la historia divulgada de las



diez persecuciones, que, dicho sea de paso, ni fueron tantas, ni tan multitudinarias, ni, desde luego, tan generales), que pone fin, lógicamente, a la literatura apologética antirromana propiamente dicha. Además, se le atribuye la autoría de un poema en dísticos elegíacos, el *De ave Phoenix*, sobre el tema de la resurrección. Con la fe en la providencia propia del vencedor, se muestra partidario de abrir el cristianismo (nos dice que en su época extendido al 50% de la población en Oriente) a la Cultura. Empezaba el siglo de los Padres Latinos.

TERTULIANO.- (155-220?) Hijo de un centurión de la cohorte proconsular, nacido en Cartago, abogado con formación retórica y filosófica, se convirtió al cristianismo en el 193. Murió no se sabe bien cuándo como líder de una de las primeras herejías, la montanista, caracterizada por un inflexible rigor moral y una férrea convicción milenarista. De su temperamental pluma se nos conservan 31 escritos (algunos de ellos también redactados en griego), apologéticos algunos (antirromanos, antijudaicos, antiheréticos), polémicos otros, doctrinales la mayoría. Es acaso el primer apologista de la nueva Fe y el primer teólogo en lengua latina (él usó por primera vez los términos *persona* y *trinitas*). Su obra es síntoma de la temprana evangelización del África romana. Amparado en una inquebrantable fe en Cristo, rechazó la actitud conciliadora de Justino con respecto a la Filosofía, a la que consideraba fuente de errores y especulaciones heréticas. Moralista, cada vez más implacable, prohíbe a los cristianos tanto las profesiones de fabricante de ídolos (carpintero, sastre, estucador, bronceador), actor, gladiador, maestro de teatro, astrólogo, mago, comerciante, funcionario público, soldado, como la asistencia a los espectáculos y otras celebraciones de la vida social. Predicaba el ascetismo y la sobriedad en las costumbres.

PADRES DE LA IGLESIA Y OTROS ESCRITORES CRISTIANOS

En lengua griega

APOLINAR DE LAODICEA.- (310-390) Nacido en esta ciudad de Siria y obispo de la misma, hijo de un presbítero y gramático del mismo nombre, maestro de S. Jerónimo, gran erudito de las letras clásicas y rétor eminente, fue condenado al final de su vida como hereje (negaba la completa humanidad de Cristo) en el concilio de Constantinopla. Interlocutor epistolar de Basilio el Grande, autor prolijo de obras exegéticas sobre el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*, apologéticas (contra el neoplatónico Porfirio y contra el emperador Juliano), polémicas antiheréticas, dogmáticas (de las que sólo se conservan fragmentos), destaca, sobre todo, por su afán de crear una tradición literaria cristiana: escribió comedias, tragedias y poemas épicos de tema bíblico, poemas litúrgicos, cantos religiosos y diálogos platónicos en torno a temas de los Evangelios.



ATANASIO DE ALEJANDRÍA (SAN).- (295-373) Se sabe que en su juventud tuvo trato con los monjes de la Tebaida. Diácono primero, obispo de la ciudad desde el 328, paladín del partido antiarriano en el primer concilio ecuménico, el de Nicea, sufrió cinco destierros por su fidelidad, en un Oriente mayoritariamente arriano durante todo el s.IV, a la opción al cabo victoriosa. Fue autor de la *Vita Antonii*, documento fundamental sobre el monacato antiguo y modelo literario de las vidas de santos, que Evagrio de Antioquía tradujo al latín (en esta obra se adapta a lo cristiano el tópico del ‘hombre divino’, el *theōs anr*, ya usado por Filóstrato en su biografía de Apolonio de Tiana y en la de Pitágoras escrita por Jámblico). La Teología trinitaria y la lucha ideológica contra los arrianos constituyen la materia más abundante en sus escritos: el *Discurso sobre la encarnación del Verbo*, los tres *Discursos contra los arrianos* (indispensable para conocer el pensamiento teológico del sacerdote hereje), dos *Apologías*, una contra los arrianos, otra dirigida al emperador Constancio, y una *Historia de los arrianos* dedicada a los monjes, así lo demuestran. Escribió, además, otra apología titulada *Contra los griegos* (en la que se refuta la mitología y se ataca el politeísmo popular, la idolatría y el panteísmo filosófico), diversos tratados exegéticos sobre los *Salmos*, el *Ecclesiastés*, el *Cantar de los Cantares* y el *Génesis*, y un gran número de cartas y sermones.

BASILIO DE CESAREA (SAN).- (330-379) Hijo de familia rica y cristiana, propietaria de tierras, su padre era rétor en Neocesarea del Ponto. Estudiante en Constantinopla y Atenas, abogado en Cesarea, amigo de Gregorio Nacianceno, hermano del otro Gregorio, el de Nisa (a los tres se les conoce como los Padres Capadocios, los padres de la Iglesia griega de Oriente), monje, obispo de la ciudad, recibió el sobrenombre de Magno por sus enormes esfuerzos para organizar instituciones de caridad en época de crisis (aún conservamos su *Homilía para el tiempo de hambre*). Fundó un hospital en Cesarea, extendió el monacato a Asia Menor y Palestina desde Egipto (en sus dos *Reglas*, sobre legislación monástica, anima a los monjes a la vida intelectual y caritativa, además de reclamar una mayor autoridad para el superior). Autor infatigable de cartas, sermones, homilias, tratados dogmáticos y teológicos (en los que refuta, claro, el arrianismo: por ejemplo su *Tratado sobre el Espíritu Santo*), pedagógicos (entre los que destaca uno dirigido a los adolescentes para que aprovechen los escritos paganos), ascéticos y litúrgicos, comentarios a las *Sagradas Escrituras*, este cristiano, admirador de lo helénico, hizo mucho por la fusión entre la Verdad cristiana y la Cultura griega.

CIRILO DE ALEJANDRÍA (SAN).- (?-444) Probable instigador, como obispo de la ciudad, de la muerte por despedazamiento de Hipatía (415) a manos de una turba de fanáticos, pasa por ser un combatidor acérrimo de los restos del paganismo. Paladín de María *theotókos* (‘madre-de-Dios’) en el concilio de Éfeso



(431) contra las tesis de Nestorio, fue, sin duda, el primer mariólogo. Escribió comentarios sobre el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*, tratados dogmático-polémicos contra arrianos y nestorianos, una refutación de la obra *Contra los galileos*, del emperador Juliano, cartas pascuales (se conservan 29), sermones (22) y casi un centenar de cartas sobre temas religiosos diversos, algunas espurias.

CIRILO DE JERUSALÉN.- (315-387) Nacido en la Ciudad Santa, obispo de la misma, varias veces puesto y depuesto, sospechoso, para algunos historiadores de la Iglesia, de arrianismo, es autor de las *Instrucciones catequéticas*, 24 conferencias preparatorias para el bautismo pronunciadas probablemente en la iglesia del Santo Sepulcro. También se conserva de él una carta al emperador Constancio, en la que da cuenta de un prodigio (aparición sobre Jerusalén de una cruz luminosa). De sus seguramente numerosas homilías sólo nos queda una, y algunos fragmentos de otras. Con respecto a la divinidad de Cristo, procuró mantenerse en un término medio entre Arrio y Sabelio.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA.- (150-215) Nacido en Atenas de padres paganos, viajero por Italia, Siria y Palestina, converso, de amplia formación cultural a la helenística, es el primero de los teólogos cristianos propiamente dichos: empezó a elaborar una ciencia teológica echando mano de la filosofía platónica, por un lado, y de las técnicas de exégesis alegórica de los textos, por otro. Sus obras más conocidas son el *Protréptico*, una invitación a la conversión, que incluye un contundente ataque contra la mitología pagana y rezuma por todas partes influencias de Platón y Pitágoras; *El pedagogo*, en la que expone una moral de corte platónico-plutarquiano, con marcado barniz estoico (probablemente adquirido de las doctrinas éticas de Musonio Rufo), en contraste con los lujos de la sociedad alejandrina de su época: para Clemente, el *Lógos*, el Cristo, es el educador de la humanidad; y los *Tapices*, obra en la que muestra la Filosofía griega y la Ley mosaica como precedentes de la verdad de Cristo y argumenta en favor de la conexión entre el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*. Para él Platón es un Moisés que habla en ático. Aunque próximo a los postulados de la heterodoxia gnóstica por su concepción del *Lógos* (no obstante, consideraba buena la Creación), Clemente pasa por ser, junto con Orígenes, el fundador de la Filosofía cristiana o Teología racionalista.

EPIFANIO DE SALAMINA (SAN).- (315- 403) Palestino, abad de un monasterio durante 30 años, obispo metropolitano de Chipre desde el 367, antiarriano, famoso detractor de Orígenes, a quien consideraba padre de todas las herejías por su interpretación alegórica de las Escrituras, combatidor de los gnósticos, enemigo de la educación clásica, sus obras más famosas son el *Ancoratus* (el *Anclado*), compendio del dogma cristiano, y el *Panarion* (el *Botiquín*), tratado sobre antidotos contra todas las herejías (cita 80, entre las que se cuentan las escuelas



filosóficas helenísticas). Además compuso cartas y tres panfletos furibundos contra el uso de las imágenes de Cristo, los apóstoles o los ángeles pintadas en las iglesias, de lo que se deduce que en su época muchos cristianos no eran ya iconoclastas.

EUSEBIO DE CESAREA.- (263-339) Palestino, obispo de esta ciudad desde el 313, seguidor de las enseñanzas de Orígenes, arriano y consejero de Constantino, su enorme importancia se debe principalmente a dos obras: los X libros de *Historias eclesiásticas*, publicados, no por casualidad, el mismo año del concilio de Nicea, traducidas al siríaco y al armenio, al latín por Rufino de Aquileya, fuente documental imprescindible para conocer los tres primeros siglos de vida de la Iglesia y modelo del subgénero de las historias eclesiásticas, cuyo objetivo final es en cierto sentido apologético: suministrar pruebas de que Dios ha fundado la Iglesia (su pueblo), y la ha guiado hasta su victoria final sobre el Estado pagano (Satanás); y las *Crónicas*, de carácter también histórico, en las que dividió toda la Historia en cinco períodos: desde Abraham hasta la toma de Troya; de ahí a la primera Olimpíada; de ahí hasta Darío; de ahí hasta la muerte de Cristo; de ahí hasta el 303. Siguió como fuente a Julio Africano. En la versión latina de S.Jerónimo, que continuaba hasta la muerte de Valente en el 378 la obra de Eusebio, se funda la Historia Medieval y Moderna. Parece que fue el primero en disponer cronologías de distintas naciones en columnas paralelas: usa la cronología como una ciencia exacta y a la vez como un instrumento de propaganda. Además escribió la *Vita Constantini*, una biografía apologética del emperador (lo considera un enviado de Dios, un nuevo Moisés); colecciones de actas de mártires, hoy perdidas; dos apéndices a la *Vida de Constantino*, el *Ad coetum sanctorum*, una interpretación en sentido profético de la égloga IV de Virgilio, y el *Laus Constantini*; 25 libros contra Porfirio que no conservamos; una obrita contra Hierocles, también apologética; otras exegéticas, entre las que destaca el comentario a los *Salmos*, traducido al latín por Hilario de Poitiers; otras teológicas, como el *De ecclesiastica theologia*, de carácter origenista y antisabeliano; numerosos sermones, discursos y cartas. Debe considerársele, pues, fundador de la «ciencia» de la Historia (de la Iglesia y del Mundo), uno de los últimos apologistas, primer archivero y cronista del mundo cristiano.

GREGORIO DE NACIANZO (SAN).- (330-390) Hijo de un rico ciudadano (al que eligieron obispo de Nacianzo poco después de su conversión), amigo de Basilio de Cesarea, estudiante en Atenas, obispo de Constantinopla durante sólo dos años (parece que fue poco hábil para el cargo), predicador ilustre (se le ha llamado el «Demóstenes cristiano») y poeta, no escribió ni comentarios ni tratados dogmáticos. En sus cinco *Discursos teológicos* desarrolla la Teología trinitaria y argumenta en favor de la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo. Además se conservan de su pluma otros 40 discursos (apologéticos, panegíricos, hagiográficos o



de ocasión), poemas (algunos autobiográficos), en los que demuestra un amplio dominio de los metros griegos (su intención era mostrar que la nueva Cultura no era inferior a la pagana), y abundante correspondencia editada por él mismo (244 cartas). Sus homilias evidencian una formación retórica clásica más que competente, puesta por el capadocio al servicio de la nueva Cultura cristiana.

GREGORIO DE NISA (SAN).- (335-385) Hermano menor de Basilio, profesor de Retórica, casado, luego monje, luego obispo de la ciudad, teólogo competente, participó en el concilio de Constantinopla junto a su amigo Gregorio de Nacianzo defendiendo la tesis vencedora, la que sancionaba la divinidad del Hijo y del Espíritu. Excelente escritor, muy influido por la Retórica griega, nos dejó tratados dogmáticos contra distintas herejías, obras exegéticas (*Sobre las vidas de Moisés*, *Sobre las inscripciones de los Salmos*), ascéticas (*Sobre la virginidad*), discursos (panegíricos sobre mártires y santos, epitafios), sermones (*Sobre la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo*) y cartas (30). Debe considerarse uno de los padres de la mística cristiana. Como teólogo especulativo es superior a los otros capadocios (Gregorio de Nisa y Basilio de Cesarea), y junto con ellos llevó a cabo el entronque definitivo de lo cristiano en lo griego: creía en el Espíritu Santo como fuerza inspiradora de la escritura. Mediatizado por Plotino, culminó la metamorfosis del pensamiento platónico en Teología cristiana, transformó definitivamente la *paideía* griega en educación cristiana. Tal es el grado de fusión entre lo pagano y lo cristiano que alcanza, que compara la Filosofía con la esposa del *Cantar de los Cantares*.

HERMAS.- (s.II) De origen oriental (quizás de Arcadia), esclavo, liberto y comerciante en Roma, converso luego, escribió, en griego, *El Pastor* (traducida al latín a finales del s.II), una obra un tanto particular (consta de cinco visiones, doce mandamientos y diez parábolas) que mereció ser considerada entre los escritos canónicos por Ireneo de Lyon, Tertuliano, Clemente de Alejandría y Orígenes.

HIPÓLITO DE ROMA (SAN).- (?-235) De origen oriental, aún escribía, a pesar de hacerlo en Occidente, en griego, la lengua matriz de la Iglesia. Concedor de la Filosofía y las religiones místicas, a través de su obra podemos reconocer una jerarquía clerical en trance de constitución definitiva. Murió mártir. Relumbra su figura como autor de la más antigua constitución eclesiástica que nos ha llegado, la *Tradición apostólica*, obra fundamental para conocer la liturgia y la ética cristiana de los primeros siglos. En ella legitima teóricamente la necesidad de la distinción entre clero (obispos, presbíteros, diáconos) y feligreses; menciona, por primera vez, la ordenación de sacerdotes como una práctica sacramental; se muestra partidario de que los cristianos no ejerzan oficios jurídicos ni militares, además de otros considerados indignos o amorales (regentar prostíbulos, ser escultor, pintor, actor, maestro de escuela, auriga, gladiador, sacerdote o sacris-



tán de ídolos, mago, prostituta); nos ofrece noticias sobre el catecumenado y la penitencia. Su obra más seria es, sin embargo, *Exposición de todas las doctrinas filosóficas*, una continuación del tratado contra las herejías de S. Ireneo, en la que expone y refuta cada una de las desviaciones, heréticas o filosóficas, de la ortodoxia: su posición teológica, a medio camino entre el adopcionismo (Cristo es divino sólo desde su bautismo en el Jordán) y el sabelianismo (Cristo es sólo divino), lo llevó a ser acusado de poner en duda la unicidad de Dios. Escribió además una *Crónica* (desde la Creación hasta el 234, contra los milenaristas), inspirada en la de Julio Africano. En su *Comentario a Daniel* (muy importante, porque identifica los reinos citados por el profeta con los imperios babilonio, persa, griego y romano que se sucedieron ordenadamente en el tiempo histórico) sostiene una filosofía de la Historia un tanto arcaica: que Satanás es el responsable del poder de Roma, un imperio que caerá como los anteriores.

JUAN CRISÓSTOMO (SAN).- (344-407) Nacido en Antioquía, hijo de familia rica y cristiana, alumno del rétor Libanio, oficinista, eremita, diácono, sacerdote, ilustre predicador y exegeta, combatidor de arrianos y apolinaristas, obispo en fin de Constantinopla desde el 397 hasta el 403. Construyó hospitales, auxilió a los pobres, intentó acabar con la corrupción del clero. Su celo doctrinal le atrajo la antipatía de la corte y la emperatriz Eudoxia, y fue depuesto y desterrado, primero a Bitinia, luego a Armenia, luego al Ponto, donde murió. Aunque autor de excelentes comentarios exegéticos, de diversos tratados sobre moral cristiana (el sacerdocio, la vida monástica, el matrimonio, la virginidad, la viudez, la educación de los hijos), de unas *Catequesis bautismales*, de algunos escritos apologéticos contra Juliano, contra los judíos, contra los gentiles y contra los arrianos, y de una amplia correspondencia (nos han llegado 236 cartas), su fama se debe, sobre todo, a sus homilías: ya exegéticas sobre el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*, ya dogmáticas o polémicas, ya morales, fustigadoras de la vida de la corte, ya sermones de ocasión con motivo de fiestas litúrgicas (Pascua, Epifanía, Pentecostés...), o panegíricos de patriarcas, santos, mártires o maestros. Su prestigio como orador sólo puede compararse al de San Agustín. El prestigio de Juan «Pico-de-oro» hizo que se le atribuyeran un ingente número de escritos espurios.

JULIO AFRICANO.- (s.III) Erudito cristiano que publicó en el 221, en griego, en la corte de Alejandro Severo, una *Crónica*, que aspiraba a ser la primera historia sincrónica de la Humanidad. La importancia de esta obra radica en haber sido modelo y fuente de las empresas más ambiciosas de Eusebio de Cesarea (modelo, a su vez, de Orosio) y S.Jerónimo.

METODIO.- (?-311) Obispo de Licia, adversario de Orígenes, asiduo lector de Platón, murió mártir en la persecución de Diocleciano. Autor del *Banquete*, una réplica cristiana de la obra platónica.



NILO DE ANCIRA.- (?-430) Discípulo de Juan Crisóstomo, a pesar de ser abad de un monasterio (o quizás por eso mismo), en su tratado *Sobre la pobreza voluntaria* denunció la avaricia de los monjes (poseían grandes propiedades agrícolas y rebaños de ganado), en una época en que la jerarquía eclesiástica estaba del todo fundida con el poder imperial. Escribió gran número de cartas de carácter exegético y ético, tratados sobre la vida espiritual y monástica. Para él la vida cenobítica, la vida monacal en común, era como una filosofía espiritual, otra manera de vivir.

NONO DE PANÓPOLIS.- (400-?) Natural de esta ciudad del Alto Egipto, autor del más extenso poema épico en griego conocido, las *Dionysiaca* en 48 libros, compuso una paráfrasis del *Evangelio de San Juan*, en hexámetros griegos y estilo homérico. Sirve como ejemplo de la sustitución del mito por la Historia Sagrada como materia.

ORÍGENES DE ALEJANDRÍA.- (185-254) Hijo de padres cristianos, de formación literaria y filosófica esmerada, alumno de Amonio Sacas, discípulo y sucesor de Clemente al frente de la escuela teológica de la capital de Egipto, dedicó su vida a la enseñanza y la predicación en Cesarea y Alejandría. Fue maestro de Gregorio Taumaturgo, el difusor del cristianismo en Capadocia. La madre del emperador Alejandro Severo lo llamó a la corte para oír sus enseñanzas. Estuvo en Roma en un momento en que el cristianismo ya contaba con muchos adeptos entre los aristócratas. Murió mártir en la persecución de Decio. Fundador de la ciencia escriturística, conocemos, por S. Jerónimo, 800 títulos, de las 2000 obras que se dice que compuso. Como filólogo, su empresa más ambiciosa fue el *Hexaplas*, versión séxtuple de la *Sagradas Escrituras*, que pretendía establecer una edición crítica definitiva del *Antiguo Testamento*. Como teólogo, a su pluma debemos el *De principiis*, el manual más antiguo de Teología Dogmática: la *paideía* cristiana en manos de Cristo es para él la culminación del plan providencialista de Dios, que había hablado ya por boca de profetas y filósofos. Su labor como exegeta y comentarista de las Escrituras fue muy importante para el desarrollo del dogma cristiano: partiendo de que Cristo está siempre presente en la literatura bíblica, se propuso demostrar la conexión entre el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*. Empleó para ello el método de interpretación alegórica de los textos, el usual en la escuela alejandrina, frente al que iba a ser característico (la interpretación literal) de la escuela teológica de Antioquía, fundada un siglo más tarde. Orígenes distinguía entre un sentido literal de los textos y un sentido espiritual, deducido por vía alegórica: paradójicamente sus conclusiones le valieron más tarde, junto con su fe platonizante en la eternidad del alma y su transmigración, ser considerado hereje. De sus seguramente incontables sermones conservamos sólo 20. También destacó como apologista: su obra más conocida es, de hecho, el *Contra Celso*, la obra cumbre de la apologética cristiana, una refutación del



- Discurso verdadero.* Mediante su obra puede decirse que Orígenes platonizó amplia y hondamente el cristianismo: platónica es su concepción del dios supremo (incorpóreo, inmutable, impasible), su demonología, el papel atribuido al Logos (escribió ocho libros de comentarios al *Evangelio de Juan*) como ordenador del universo; platónicas son también sus ideas éticas y su concepción del libre albedrío humano para escoger entre el bien y el mal, entre verdad y apariencia. En todo caso fue, sin duda, responsable de un acercamiento definitivo entre la Filosofía y la Teología: sabemos que recomendaba a sus alumnos el estudio de los filósofos, si bien escribió un tratado contra la doctrina de Epicuro.
- PACOMIO (SAN).**- (286-346) Hijo de padres paganos, converso a los 20 años, fundador de la vida cenobítica (en común, con obediencia al superior) para hombres en la Tebaida egipcia (su hermana María fundó la primera comunidad para mujeres), autor de unas *Reglas* de vida monástica, redactadas primero en copto, luego traducidas al griego y al latín, a su muerte dejó fundados 9 monasterios para hombres y 2 para mujeres.
- SIMEÓN EL ESTILITA (SAN).**- (396-459) Modelo de asceta, vivió durante 40 años en un pilar de 15 metros de alto, en la región montañosa cercana a Antioquía. Desde allí resolvía pleitos, sanaba enfermos, profetizaba, lanzaba avisos a los gobernantes de Oriente.
- SINESIO DE CIRENE.**- (370-414) Nacido en Cirene de padres paganos, educado en Alejandría, fue discípulo de Hipatía (hija y discípula de Teón), a la que admiró durante toda su vida. En el 410 fue nombrado obispo de su ciudad natal. Aceptó el cargo con tal de que le permitieran mantener su matrimonio y sus ideas sobre la preexistencia del alma, la eternidad de la creación y el carácter alegórico de la resurrección de la carne. De él nos han llegado: el *Discurso sobre la realeza*, en el que critica el tren de vida de la corte imperial de Constantinopla; los *Relatos egipcios* o *Sobre la Providencia*; el *Dión*, en el que hace profesión de antiodogmatismo; un *Elogio de la calvicie*, ejercicio retórico de carácter epidíctico; un tratado sobre el valor adivinatorio de los sueños; un epistolario de 156 cartas; y una colección de himnos, mezcla indisoluble de cristianismo y paganismo. Hombre de gran erudición clásica, talento filosófico y estilo cuidado, más neoplatónico que cristiano, representa la fusión de la Cultura pagana y el nuevo Credo cristiano, consumada durante el s.IV: heredero de la Segunda Sofística fue, además, obispo.
- SÓCRATES.**- (380-440) Nacido en Constantinopla, educado por gramáticos ilustres, abogado, continuó en su *Historia eclesiástica* la obra de Eusebio de Cesarea desde el año 305 (abdicación de Diocleciano) al 439. Cronista indispensable de las disputas teológicas entre los obispos del s.IV.
- SOZÓMENO.**- (s.V) Palestino, abogado en Constantinopla, historiador eclesiástico, continuó la obra de Eusebio de Cesarea del 324 al 425. Su propósito fue corregir y ampliar la obra de su contemporáneo Sócrates.



TEODORETO DE TIRO.- (393- 466) Nacido en Antioquía, educado en monasterios de aquella ciudad, gran conocedor de la literatura griega, combatidor de paganos, judíos y herejes, en el 451, en el concilio de Calcedonia, pronunció anatema contra Nestorio. Rehabilitado entonces por la ortodoxia, gobernó la Iglesia de Tiro. Aunque poco nos ha llegado, su producción literaria fue inmensa y variopinta como ninguna: escritos exegéticos, apologéticos (entre ellos la última apología cristiana, de título revelador, *La curación de las enfermedades paganas* o *La verdad de los Evangelios probada por la Filosofía griega*, en 12 libros; otra contra los magos, otra contra los judíos), tratados dogmáticos, polémicos, e históricos (*Historia de los monjes*, *Historia eclesiástica* Cdel 323 al 428C e *Historia de las herejías* Cen 5 libros; desde Simón Mago a NestorioC), además de multitud de sermones y cartas.

En lengua latina

AGUSTÍN DE HIPONA (SAN).- (354-430) Nacido en Tagaste (Numidia), hijo de padre pagano y de la piadosa Mónica, estudiante disoluto y profesor de Retórica en Cartago (la capital africana), luego en Roma y Milán, aficionado a la filosofía, maniqueo, escéptico, neoplatónico, converso, recibió el bautismo de manos de S.Ambrosio en el 387. Obispo más tarde de Hipona, las luchas contra las herejías donatista y pelagiana y la instrucción de los feligreses ocuparon por completo su atención episcopal. Murió en la ciudad sede de su episcopado sitiada por los vándalos. Su producción literaria es ingente y se le reconoce como el Padre de la Iglesia más importante en lengua latina: además de numerosas cartas, sermones y comentarios sobre los más diversos asuntos, escribió unas reglas para el monacato, en las que encomia la figura del monje. Sus obras más conocidas son los *Soliloquios* (de tono filosófico: una disputa entre el autor y su razón), las *Confesiones* (la primera autobiografía psicológica en prosa de Occidente), *La ciudad de Dios* (culmen de la historiografía apologética cristiana) y algunas obras teológicas como el *Tratado de la Santísima Trinidad*. En su obra *Sobre la doctrina cristiana* estableció una ley cognoscitiva que influiría notablemente en la Edad Media: todos los conocimientos deben subordinarse al estudio de las *Sagradas Escrituras*, porque conociendo a Dios se conoce el mundo. Cimiento teórico del Sacro Imperio Romano, lo consideran muchos, no sin algo de razón, el padre de Occidente.

AMBROSIO DE MILÁN (SAN).- (333-397) Hijo de un prefecto del pretorio en la Galia, alto funcionario en Milán, converso, catecúmeno, obispo de la ciudad luego por aclamación unánime de arrianos y ortodoxos, político hábil, consejero y hasta amonestador de emperadores, señal de su poder terrenal es el haber exigido pe-



nitencia al mismísimo Teodosio el Grande por la matanza de Tesalónica (aunque a su muerte le compusiera un epitafio laudatorio). Inspirador de la intolerancia imperial contra los cultos paganos y responsable último del desvío de fondos hacia la Iglesia cristiana, consideraba al emperador representante de Dios en la Tierra. Aparte de las numerosas cartas que dan cuenta de su actividad política, fue autor de sermones, discursos fúnebres, comentarios exegéticos alegóricos de las *Sagradas Escrituras*, catequesis bautismales, y varios tratados de moral cristiana (*Sobre la virginidad*, *Sobre los deberes de los sacerdotes*). Con más acierto que Hilario de Poitiers, intentó crear, a imagen y semejanza de la himnica oriental, una poesía litúrgica popular en latín que sirviera a las necesidades de la extensión del culto. Junto con Jerónimo y Agustín conforma la tríada de los grandes Padres de la Iglesia en Occidente.

AUSONIO.- (310-395) Nacido en Burdeos, maestro de Retórica, amigo de emperadores (Graciano, Teodosio), prefecto en África, Italia y Galia, cónsul y poeta, en lengua latina, de las pequeñas cosas, es un buen ejemplo de cristiano, inmerso, sin embargo, todavía en la Cultura literaria pagana: un caso modélico de la «coexistencia pacífica» entre cristianismo y paganismo propia del s.IV.

CIPRIANO DE CARTAGO (SAN).- (205-258). Hijo de clase provincial acomodada, rétor y maestro de elocuencia, discípulo de Tertuliano, converso en el 240, obispo de la metrópolis africana desde el 248 hasta sufrir martirio en la persecución de Valeriano, conocido principalmente por su producción epistolar (nos han llegado 81 de sus cartas), es autor también de obras (todas en latín, claro) apologéticas (*Ad Demetrianum*: contra la acusación de que los cristianos fueran los provocadores de las desgracias enviadas por los dioses), dogmáticas (sobre el bautismo, la penitencia, la eucaristía) y de disciplina eclesiástica (*De ecclesiae catholicae unitate*). Sus problemas con el episcopado de Roma, sus esfuerzos por mantener la unidad de la Iglesia en tiempos de persecución, son indicios de una jerarquía eclesiástica sólidamente constituida a mediados del s.III.

COMODIANO.- (s.III) Sirio converso al judaísmo primero y al cristianismo después, poeta, fue autor de las *Instrucciones* (dos libros de poemas didácticos en los que predica una moral rigurosa) y del *Carmen adversus Iudaeos et Graecos* (1.060 versos), de título más que elocuente, un ataque furibundo a Roma, con tintes apocalípticos.

HILARIO DE POITIERS (SAN).- (315-367) Nacido de ilustre familia pagana de la Galia, converso, obispo de su ciudad natal, desterrado a Frigia por el emperador Constancio, dedicó grandes esfuerzos a combatir, de manera contundente, la herejía arriana, ampliamente difundida durante el s.IV. Es autor de una extensa producción literaria, en latín, en la que se incluyen escritos exegéticos (*Homelias in Iob*, por ejemplo), polémicos (*Contra Constantium*) y teológicos (*De trinitate*), además de algunos himnos, compuestos con fines propagandísticos antiarrianos.



JERÓNIMO DE MILÁN (SAN).- (342-420) Nacido en Estridón, una aldea entre Dalmacia y Panonia, de familia cristiana y rica, estudiante gamberro en Roma, donde fue alumno de Elio Donato, monje en el desierto de Calcis (en el norte de Siria), consejero del obispo de Roma, obispo en Milán, tutor espiritual de varias damas de la corte, promotor de las prácticas ascéticas entre los aristócratas romanos, introdujo en Occidente la vida monástica. Fundó monasterios en Belén, en los que enseñaba a los niños Gramática, e inició a los monjes en la tarea de copiar manuscritos: su amor por los estudios bíblicos dejaron su impronta en el monje medieval europeo. Autor de un gran número de cartas (en las que fustiga las costumbres de la alta sociedad romana) y comentarios bíblicos, su fama se debe, sobre todo, a la edición de la Biblia en latín, la *Vulgata* (santificada como perfecta en el concilio de Trento), partiendo del original griego y hebreo. Además escribió *Vidas de monjes*, tradujo al latín las *Crónicas* de Eusebio de Cesarea (y las continuó hasta la muerte del emperador Valente) y compuso el *De viris illustribus*, que viene a ser una especie de primera historia de la literatura cristiana (desde S. Pedro hasta el 392), escrita contra los que pensaban que entre los cristianos no había habido intelectuales.

JUAN CASIANO (SAN).- (360-435) De origen rumano, fundó en Marsella dos monasterios, el de San Víctor para hombres y el de San Salvador para mujeres. Autor de *Las instituciones monásticas* y las *Conferencias*. Junto con otros forma parte del grupo de pioneros del monacato en Occidente.

JUVENCO DE SEVILLA.- (s.IV) De familia aristocrática de Hispania, sacerdote, autor de una versión en hexámetros latinos (cuatro libros, un total de 3.200 versos) de cada uno de los Evangelios, según el molde estético de la *Eneida* de Virgilio, es un representante ilustre del proceso de sustitución de la mitología pagana como materia poética por la Historia Sagrada, del vertido de la doctrina cristiana en los moldes de la Cultura clásica.

MARTÍN DE TOURS (SAN).- (335-397) Oficial del ejército romano, converso, obispo misionero entre la población campesina, fundador de monasterios en la Galia, cuya biografía escribió, en tono encomiástico Sulpicio Severo.

OROSIO.- (s.V) Sacerdote hispano, discípulo y admirador de S. Agustín, escribió, por encargo de su maestro, los siete libros de *Historiae adversus paganos*, una reformulación apologética de la Historia Universal, inspirada en *La ciudad de Dios*, en la que intentaba mostrar al gran público cómo antes de los tiempos cristianos la Humanidad había sufrido más miserias. Escrita después del saqueo de Roma por Alarico, se considera en ella a los pueblos godos un instrumento más de la Providencia divina al servicio del futuro Reino de Dios.

PONCIO.- (s.III) Diácono de Cartago, fue autor de una *Vita Cypriani*, que acaso sea la primera 'vida de santo' redactada en latín, y modelo, por tanto, de un subgénero literario cristiano muy rentable, de amplia difusión, y que habría de sustituir al



más antiguo de las vidas de mártires, sin sentido desde que los cristianos dejaron de sufrir persecuciones tras el edicto de Milán.

PRUDENCIO.- (348-410) Abogado hispano, nacido en Calahorra, alto funcionario, es, en latín, el más importante poeta cristiano del s.IV. Compuso los 12 himnos del *Cathemerinon* o *Libro de la jornada* (sobre las ocupaciones diarias del buen cristiano), las 14 odas del *Peristephanon* o *Sobre las coronas* (en honor de otros tantos mártires cristianos), la *Apotheosis* (de carácter apologético: celebra el triunfo de Cristo contra las herejías), la *Hamartigeneia* (poema didáctico sobre el origen del mal), la *Psychomachia* (de carácter épico: narra un combate alegórico entre los vicios y las virtudes muy leído en la Edad Media), el *Dittochaeon* (descripciones en cuartetos hexamétricos de 49 escenas del *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*, de gran importancia para la Historia del arte pictórico cristiano). Participó activamente, de parte de S. Ambrosio, en la polémica contra Símaco sobre el asunto del altar de la Victoria.

OSIO DE CÓRDOBA.- (275-357) Consejero de Constantino en el concilio de Nicea, defendió las tesis antiarrianas.

PAULINO DE NOLA (SAN).- (353-431) Nacido en Burdeos, hijo de grandes terratenientes galos, discípulo de Ausonio (con quien mantuvo frecuente correspondencia epistolar), cónsul, converso (junto con su esposa, con escándalo incluido) en el 393, sacerdote, asceta en Nola (en la Campania) junto a la tumba de S. Félix, obispo desde el 409 de la ciudad, alcanzó renombre como poeta cristiano, principalmente como compositor de himnos.

RUFINO DE AQUILEYA.- (345-410) Monje, historiador y traductor, responsable de la versión latina de la *Historia Eclesiástica* de Eusebio de Cesarea y de su continuación hasta la muerte de Teodosio en el 395, escribió además varios escritos polémicos y un comentario al Credo de los Apóstoles. Su obra es una de las fuentes principales de las *Historias* de Orosio

SULPICIO SEVERO.- (363-425) Galo nacido en Aquitania, abogado de prestigio, se convirtió al cristianismo el último año del s.IV. Escribió, en latín, unas *Crónicas* en las que, de manera breve y sin indicación de fuentes, intentó dar cuenta de la Historia Universal, desde la Creación hasta el año 400: S. Agustín y Orosio habrían de seguir sus directrices. Su *Vida de S. Martín* vale en Occidente como en Oriente la de S. Antonio, escrita en griego unos cincuenta años antes por S. Atanasio de Alejandría: modelo de la literatura hagiográfica y fuente de inspiración de vocaciones monacales. El hecho de que en sus escritos critique la sumisión de la jerarquía eclesiástica a los designios del emperador revela que, tras la prohibición de los cultos no cristianos, el poder político y religioso volvían a estar sólidamente unidos.

**HEREJES**

ARRIO.- (256-336) Nacido en Libia, educado en Antioquía, en la escuela de interpretación no alegórica de los textos, sacerdote austero de Alejandría muy bien considerado por su comunidad, por negar la divinidad del Cristo (criatura humana perfecta; hijo, pero adoptivo, de Dios) y postular un dios único y supremo, lo excomulgó el obispo Alejandro en el sínodo de Egipto en el 318. Su obra más importante, la *Thalia* (de carácter simposíaco, mezcla de prosa y verso), acabó en la hoguera tras el concilio de Nicea y Arrio, el gran derrotado, fue desterrado a Iliria. Su doctrina herética revela estrechas relaciones con el gnosticismo, el neoplatonismo y las escuelas filosóficas helenísticas; de ahí el éxito que obtuvo en círculos intelectuales su concepción férreamente monoteísta del *summus deus*. Se conservan citas de sus numerosas epístolas; sus ideas nos llegan en la extensa producción apologética (antiarriana) que sus doctrinas suscitaron.

BARDESANES.- (s.II) Sirio, uno de los representantes del gnosticismo cristiano, considerado hereje por la ortodoxia eclesiástica, pionero de la teoría de que el mundo duraría 6000 años, cada mil correspondientes a un día en la visión del Señor.

BASÍLIDES.- (s.II) Gnóstico cristiano que predicó en Egipto durante la primera mitad del s.II, fue autor de un comentario al *Evangelio* en 24 libros y unas Odas. Como muchos de los gnósticos rechaza la Biblia hebrea como obra de un demiurgo inferior, y es docetista, o sea, negador del sufrimiento de Cristo. Para él y otros gnósticos el martirio no era más que un suicidio.

DONATO.- (s.IV) Líder hereje, extendió su doctrina, caracterizada por su rigor moral, por el África romana. Obispo de Cartago, movió a las masas campesinas contra el poder civil y eclesiástico constituido. Los *circumcelliones* (proletariado agrícola oprimido), que se consideraban auténticos soldados de Cristo, fueron los más radicales de los donatistas. El movimiento es uno de los muchos que sacudieron a la Iglesia cristiana tras su alianza con el trono.

MACEDONIO.- (s.IV) Hereje, negador de la divinidad del Espíritu Santo en el concilio de Constantinopla.

MANI.- (216-273) Natural de Mesopotamia, murió crucificado por orden de un monarca sasánida. Partiendo de gnosticismo radical, postula la irreconciliable y perpetua lucha entre el principio del bien y el del mal, lo que pone en duda el dogma ortodoxo de la omnipotencia de Dios. S. Agustín fue maniqueo antes de convertirse al cristianismo.

MARCIÓN.- (?-160) Natural del Ponto, hijo de obispo, expulsado de la comunidad romana por hereje en el 140, niega la conexión entre el Dios del *Antiguo Testamento*, justiciero y malvado, y el del *Nuevo Testamento*, todo amor. Desde su convicción de la materia como mala, negaba al Dios creador, su encarnación terrenal, la divinidad de Cristo y la resurrección de la carne. Es el más renom-



- brado representante del gnosticismo cristiano, y los marcionitas una de las herejías que con más fuerza se opusieron a la ortodoxia dogmática.
- MENANDRO.**- (s.II) Discípulo de Simón Mago, este hereje samaritano, milagrero y predicador gnóstico en Antioquía, parece que se atribuía el poder de conferir, mediante el bautismo, la inmortalidad.
- MONTANO.**- (s.II) Natural de Frigia, auxiliado por dos sacerdotisas, Maximila y Prisca, se consideraba el Paraclito, caía en éxtasis y profetizaba el inminente fin del mundo y la venida del Reino de Dios. Extendió su doctrina, de estricto rigor moral (abstinencia de alimentos, práctica del ayuno y castidad matrimonial) por convicciones milenaristas, durante el s.II, desde Asia Menor hasta África; incluso en torno a la sede gala de Lyon arraigaron sus postulados. La ortodoxia eclesiástica reaccionó enérgicamente contra los montanistas, que eran un auténtico peligro para las relaciones de la jerarquía con el poder imperial.
- NESTORIO.**- (381-450) De padres persas, alumno de la escuela teológica de Antioquía, obispo de Constantinopla depuesto, excomulgado y desterrado tras el concilio de Éfeso (431), predicó públicamente contra la maternidad divina de María. Sus partidarios fundaron la Iglesia herética nestoriana, que pervivió mucho tiempo en Asia. Sus escritos fueron arrojados a la hoguera en el 435 y sólo se conservan fragmentos y una obra completa, mitad dogmática, mitad autobiográfica, titulada *Bazar de Heraclides de Damasco* (pseudónimo del autor), que demuestra su gran altura como orador sagrado. Sabemos que escribió también sermones y cartas. Sus obras se tradujeron pronto al siríaco.
- NOVACIANO.**- (s.III) Frigio, converso, importante miembro del clero de Roma, contemporáneo de Cipriano de Cartago, autor de tratados teológicos (*De trinitate*) y éticos (*De cibis iudaicis*, *De spectaculis*, *De bono patientiae*) declarados heréticos por la ortodoxia eclesiástica, fue el primero, junto con Tertuliano, que, en Occidente, usó el latín como lengua de producción literaria para temas teológicos. Sigue un camino intermedio entre el monarquismo y el adopcionismo con respecto a la relación entre el Hijo y el Padre.
- PELAGIO.**- (s.IV) Monje bretón, negador del pecado original (lo consideraba culpa personal de Adán), adversario feroz de las tesis sobre la gracia salvífica de S. Agustín, predicó su doctrina (defendía la proclividad del hombre hacia el bien) en Roma.
- PRISCILIANO.**- (s.IV) Pionero de la vida monástica en Hispania, obispo de Ávila, de ideas anticuadas para su época, acusado de gnosticismo y maniqueísmo, sus seguidores se extendieron por Galicia. Líder de un movimiento rigorista, fue decapitado en el 385, junto a 6 partidarios, acusado de herejía y magia.
- SABELIO.**- (s.II) Hereje romano negador del misterio trinitario: para él y sus seguidores el Hijo y el Padre eran dos nombres del mismo ser divino.



SIMÓN MAGO.- (s.I) Según algunas tradiciones discípulo de Dositeo (que, a su vez, lo habría sido de Juan el Bautista), samaritano, legendario fundador del gnosticismo cristiano (germen, por tanto, para la ortodoxia, de herejías). Parece que se instauraron cultos en su honor: se nos aparece, en la penumbra de la leyenda, como un rival del Cristo, como otro hombre divino.

ULFILAS.- (?-383) Obispo godo, arriano, que, siguiendo instrucciones del emperador Valente, evangelizó a los visigodos asentados a este lado del Danubio, siguiendo las directrices del Credo derrotado en el concilio de Nicea. Su afán por editar una Biblia en gótico para cristianizar a su pueblo convirtió en escrita a esta lengua, hasta entonces oral.

VALENTÍN.- (s.II) Gnóstico cristiano que predicó su doctrina herética primero en Alejandría y luego en Roma, donde fundó una comunidad, fue expulsado de la Urbe en el 140.

NO CRISTIANOS

En lengua griega

AMONIO SACAS.- (s.III) Maestro de Orígenes, de Plotino y Longino, enigmático filósofo platónico, su plan de enseñanzas combinaba lo que entendemos por Filosofía (Platón) con lo que entendemos por Filología (Homero). No escribió ninguna obra.

APOLONIO DE TIANA.- (s.I) Renombrado milagrero contemporáneo de Pablo de Tarso, cuya vida, por encargo de Julia Dona, escribió Filóstrato. Profeta, filósofo neopitagórico, sanador, mago, hechicero, exorcista y resucitador de muertos, se le comparó en la época con Pitágoras, Empédocles y hasta con Cristo mismo. Predicaba la abstinencia carnal. Se conservan algunos fragmentos de una obra suya sobre los sacrificios a los dioses y se le atribuye, además, una colección de *Cartas*.

CELSE.- (s.II) Intelectual romano, presentado por Orígenes, su refutador, a veces como epicúreo, a veces como platónico, es el autor del *Discurso verdadero contra los cristianos*, publicado en el 177 bajo Marco Aurelio, el primer ataque serio de la ideología dominante a la nueva religión. Se burla de que anden predicando la verdad zapateros, lavanderos, tejedores y otras gentes sin cultura. Su interés, de todas formas, es más político que religioso: parece que las tendencias montanistas (acusa a los cristianos de sembrar un clima de terror) estaban alterando la concordia con el poder imperial. De hecho, está de acuerdo con la unicidad del ser supremo, la ética de Jesús y la concepción del *Lógos* como hijo de Dios. Refuta y critica, en cambio, la fe como vía de conocimiento, la irracio-



nalidad de la nueva doctrina (a la que considera una más de las religiones místicas), la divinidad de Jesús, su resurrección, la exaltación de la pobreza, el perdón de los pecados y la iconoclastia cristiana. Al final de su discurso pide a los cristianos que ayuden a satisfacer las necesidades (militares: era época de invasiones) del Estado.

CRESCENTE.- (s.II) Filósofo cínico, con escuela en Roma, acaso subvencionada por el Estado, instigador, según Taciano, de la muerte de Justino. Como era costumbre entre los de su secta, no escribió nada, pero se conocen sus disputas con Justino.

FILÓN DE ALEJANDRÍA.- (15 a.C.-45 p.C.) Judío, hijo de alto financiero de la provincia de Egipto, educado en la capital según las directrices de la *paidéia* helenística, intentó en sus escritos (en griego, para las élites judaicas helenizadas) interpretar la ley mosaica a la luz de la Cultura y la Filosofía griega. Sus métodos revelan los primeros intentos de «racionalizar» el dogma cristiano, en principio sólo revelado. Su influencia se notó mucho en algunos Padres Apostólicos, sobremanera en Clemente de Alejandría y en los sistemas gnósticos, neoplatónicos y hermetistas. Es el prototipo de filósofo judío que ha asumido la tradición griega. Con Pablo de Tarso, contemporáneo suyo, tiene en común el rechazo de la interpretación literal de la *Torá* y el afán de apertura universalista del judaísmo. Sin embargo, no comparte con él otras creencias como la acción redentora del Mesías, el sentido lineal de la Historia y el fin de los tiempos.

FLAVIO JOSEFO.- (37-110) Nacido en Jerusalén de familia de clase sacerdotal, general del ejército hebreo, prisionero de Roma, amnistiado por Vespasiano, prorrmano luego, historiador y erudito de la corte de Domiciano, dio a conocer al mundo civilizado la Cultura (*Antigüedades judaicas*) y la Historia (*Guerra de los judíos*) del pueblo de Israel. Representa para nosotros la figura del judío helenizado. Sus obras las usaron desde el principio los cristianos como complemento histórico del *Nuevo Testamento* y prueba de la antigüedad del pueblo judío, un argumento indispensable para la apologética.

ELIO ARISTIDES.- (118-180) Hijo de terratenientes de Esmirna, de esmerada formación intelectual, estudiante de Filosofía en Pérgamo y Atenas, miembro de pleno derecho de la Segunda Sofística, conferenciante afamado y viajero, fustigador de los cristianos («hombres de Palestina que no respetan a los que son mejores que ellos»), a los que confunde un poco con los cínicos, en sus *Discursos sagrados*, dedicados al dios sanador Asclepio, se nos presenta, sin embargo, como un hombre profundamente religioso que prefigura, salvando las distancias, lo que habría de ser el ascetismo cristiano.

EPICTETO.- (50-125) Nacido en Hierápolis (Frigia), esclavo en Roma, alumno de Musonio Rufo, ya liberto fundó una escuela filosófica en la Urbe de filiación estoica, hasta que tuvo que salir desterrado tras el decreto de Domiciano (94).



Más tarde fundó otra escuela en el Epiro, donde enseñó hasta su muerte. Divulgador de las teorías estoicas sobre cuestiones cosmogónicas (providencia, fin del mundo), metafísicas (dios universal) y éticas (igualitarismo y ascesis), es el filósofo más parecido a Cristo. No escribió nada, aunque circularon, desde principios del s.II, cuatro libros de diatribas y una colección de máximas filosóficas que recogían las enseñanzas de este autor, símbolo de la convergencia entre cristianismo y estoicismo.

EUNAPIO DE SARDES.- (345-420) Maestro de Retórica, sofista neoplatónico que se burló de la veneración a los mártires y fustigó con saña los vicios de los monjes. Escribió historiografía anticristiana en forma de crónicas (Juliano el Apóstata es su héroe) y opuso a las abundantes vidas de santos de la época sus *Vidas de Sofistas* (en las que se advierte cierta apología del neoplatonismo pagano).

GALENO.- (130-200) Hijo de un culto y afamado arquitecto, nació en Pérgamo, donde estudió Filosofía y Medicina. Después de pasar por Esmirna, Corinto y Alejandría se estableció en Roma, como médico del emperador Marco Aurelio. Se conservan de él más de 100 tratados médico-filosóficos. Habla de los judíos y los cristianos como filósofos, en cuanto que investigadores de lo incognoscible; pero critica su confianza en la fe como método epistemológico. Menciona 4 veces a Cristo en relación con Moisés.

JÁMBLICO.- (260-330) Nacido en Apamea, discípulo de Porfirio, comentador de Platón y Aristóteles, filósofo neopitagórico y neoplatónico, fundador de la escuela neoplatónica de Siria, además de cartas y diversos tratados, escribió una obra monumental en diez volúmenes, de los que conservamos sólo cuatro (entre ellos una *Vida de Pitágoras*), titulada *Colección de doctrinas pitagóricas*. Defendió la conciliación entre el politeísmo tradicional y las doctrinas de Platón. Su condescendencia con las prácticas irracionales de la teúrgia (etimológicamente 'práctica divina', algo como una magia culta) destinadas a la salvación del alma lo alejó de su maestro y lo acercó en cambio a los cristianos.

JULIANO EL APÓSTATA.- (?-363) Sobrino de Constantino, educado como cristiano en Capadocia por Mardonio, también siguió los cursos de Libanio en Nicomedia y los del neoplatónico Máximo en Éfeso, aparte de sentir hondamente la influencia de las doctrinas de Jámblico. Intentó en vano, durante su reinado de dos años, restaurar los cultos tradicionales. Su muerte en combate la consideró la historiografía cristiana posterior un castigo del Cielo a su soberbia. Escribió una obra anticristiana (pasto de las llamas tras su muerte), *Contra los galileos*, en 3 libros, que seguía los pasos de Celso y Porfirio y fue refutada por Cirilo de Alejandría. Por lo que sabemos rechazaba la naturaleza divina de Cristo, la doctrina del Diablo, el bautismo como purificador de pecados, la veneración de los mártires, el fanatismo de los monjes, aunque reconoció como logro de la Iglesia cristiana la organización de la beneficencia. Gran enamorado de la Cultura clásica.



- sica es, para nosotros, cabeza, apóstol del primer renacimiento pagano tras el edicto de Milán: convirtió la *Paideía* helenística en Religión. Diocleciano, en su intento fallido de restauración, ya había hecho algo parecido unos 70 años antes.
- LIBANIO.-** (314-393) Hijo de una ilustre familia de Antioquía, estudiante en Atenas, se estableció como maestro de Retórica en Constantinopla, la nueva capital del imperio. Fueron alumnos suyos (prueba del clima de «coexistencia pacífica» de todo el s.IV) los Padres Capadocios y Juan Crisóstomo. Amigo del emperador Juliano, acusó a Constancio, su antecesor, de abolir los sacrificios y arrasar los templos. Denunció el fanatismo de los monjes.
- LUCIANO DE SAMÓSATA.-** (125-200) Nacido en esta localidad de la Comagena semítica en el seno de una familia de clase media, estudiante en Atenas, abogado en Antioquía, sofista itinerante, su obra es, sin duda, la más descreída, variada y original de la Segunda Sofística (nos han llegado 86 títulos a él atribuidos). Maestro de la parodia y la sátira, combinando el diálogo platónico con la comedia y la diatriba filosófica, puso cerco y contrapunto a la religiosidad de sus contemporáneos. En sus obras *Sobre la muerte de Peregrino* y *Alejandro o el falso profeta*, se ríe de los cristianos, de su grandilocuencia profética y su insaciable afán de notoriedad y proselitismo. Los mete en el mismo saco que ateos y epicúreos, y considera a Cristo un sofista crucificado.
- MARCO AURELIO.-** (121-180) Alumno de Frontón, convertido a la Filosofía, admirador de Epicteto, fue el primer emperador-filósofo y el último estoico de importancia. Mantenedor implacable (en lo político) de las fronteras del Imperio, en sus *Soliloquios* considera a los cristianos fanáticos religiosos y alude, estupefacto, a su resignación (y hasta entusiasmo) ante la muerte.
- PLOTINO.-** (205-270) Nacido en la ciudad egipcia de Licópolis, educado a la helénica, conocedor de la Filosofía oriental, alumno del enigmático Amonio Sacas, fundó en Roma una escuela filosófica, en principio abierta a todo tipo de público. A partir del 254 empezó a escribir su sistema, basado en una reinterpretación de Platón, muy cercano al defendido por las corrientes gnósticas y, en algo, también al cristianismo. Su discípulo, Porfirio, lo publicó bajo el título de las *Enéadas*. Puede decirse que este autor representa el punto de confluencia entre Filosofía y Teología.
- PLUTARCO.-** (46-120) Nacido en una familia acomodada de Queronea, formado intelectualmente en Atenas y Alejandría, sacerdote de Delfos, cónsul y amigo del emperador Trajano, bien relacionado con los círculos de la alta Cultura de su época, filósofo platónico, fundador de una escuela semejante a la Academia ateniense en su ciudad natal, su producción, en griego, en prosa, es en parte del subgénero biográfico (*Vidas paralelas*), en parte de contenido ético (*Moralia*), e influyó notablemente tanto en la literatura pagana posterior como en la cristiana. Muy leído por Clemente de Alejandría, Basilio el Grande y Juan Crisóstomo,



sus coincidencias con el cristianismo, desde el punto de vista de la Ética, hizo que se le llegara a atribuir una *Vida de Jesús*.

PORFIRIO.- (233-303) Filósofo neoplatónico, natural de Tiro, semita helenizado, discípulo primero del rétor Longino, en Atenas, luego del filósofo Plotino, en Roma, todavía joven conoció a Orígenes, cuyos métodos intelectuales admiraba. Gran exegeta, aplicó por primera vez la crítica histórica al estudio de la *Biblia* para denunciar sus contradicciones internas. Aunque fue catecúmeno (y casi cristiano en muchos aspectos), escribió un tratado en 15 libros *Contra los cristianos*, declarado impío y prohibido por Constantino el Grande, destruido en el s.V en tiempos de Valentiniano III y Teodosio II. Por lo que sabemos, negó la naturaleza divina de Cristo, su resurrección y encarnación, la Creación y el Juicio Final; denunció la falsificación de S.Pablo y las contradicciones de los Evangelios; atacó con sorna la resurrección de la carne y el poder del bautismo como redentor de los pecados. Además de editar la obra de su maestro, fue biógrafo suyo (*Vita Plotini*) y de otros filósofos de su devoción, como Pitágoras.

PROCLO.- (410-485) Nacido en Constantinopla, pasó la mayor parte de su vida en Atenas, al frente de la escuela neoplatónica de la ciudad. Pagano pertinaz, autor de himnos a los dioses y de unos *Elementos de Teología* en los que recoge las ideas de sus maestros sobre la divinidad, representa la pervivencia de la Filosofía como disciplina independiente en un mundo ya, por lo menos oficialmente, del todo cristianizado.

SEXTO EMPÍRICO.- (150?-220) Aunque no sabemos casi nada de su vida, nos ha llegado casi todo de su obra: en las *Cuestiones pirronianas* expone en tres libros los principios generales del escepticismo, corriente de la que es cabeza visible en el s.II; las demás obras suyas son todas ataques furibundos contra los dogmáticos de distintas disciplinas: lógicos, físicos, moralistas, gramáticos, rétores, aritméticos, astrónomos, músicos y geómetras.

En lengua latina

AMIANO MARCELINO.- (330-400) Griego de Antioquía, oficial del ejército, amigo del emperador Juliano, de Símaco y Pretextato, escribió en latín las páginas de historia más brillantes del s.IV (un siglo, por lo demás, plagado de biografías y compendios). Pagano convencido, aunque con hondas convicciones monoteístas y tolerante en materia religiosa, elogia el martirio cristiano y respeta la vida intachable de los obispos provinciales.

APULEYO DE MADAURA.- (125-170) De familia rica de provincias, africano, estudiante de Filosofía en Atenas, platónico, afamado orador y conferenciante, novelista (fue autor de una de las primeras novelas de Occidente, *El asno de oro*),



- en su *Apología* cita entre los magos famosos a Jesús de Nazaret. Sus especulaciones filosóficas preludivieron las de los neoplatónicos de la escuela de Plotino.
- AULO GELIO.**- (130-?) Erudito romano, en sus *Noctes Atticae* ofrece una pintoresca imagen de los círculos intelectuales de tendencias escépticas del s.II, contra los que acaso vaya dirigido el *Octavio*.
- FAVORINO DE ARLÉS.**- (80-?) Sofista itinerante de origen galo, establecido en Roma, aunque se ha perdido casi por completo su producción, nos interesa como interlocutor escéptico de las *Noches Áticas* de Aulo Gelio, en la medida en que pueda ser, como personaje, el modelo del Cecilio Natal del *Octavio*.
- FRONTÓN DE CIRTA.**- (100-166) Rétor africano, tutor del emperador Marco Aurelio, senador y cónsul, miembro eminente de los círculos intelectuales romanos del s.II, fue autor de panegíricos imperiales y de un panfleto anticristiano dirigido al Senado (hoy perdido), al que se alude en el *Octavio*.
- PLINIO EL JOVEN.**- (61-112) De clase ecuestre de la Galia Cisalpina, sobrino de Plinio el Viejo, abogado intachable, gobernador en una Bitinia altamente cristianizada, epistológrafo ilustre, consideraba al cristianismo una religión «perversa y extravagante». Sin embargo, aunque acusaba a los cristianos de ateísmo, impiedad y superstición ilícita, en su informe al emperador, negó que cometieran crimen alguno. Conocemos la prudente y ambigua respuesta de Trajano a su consulta sobre los procesos judiciales contra los seguidores de Cristo, disposición que, reinterpretada en la práctica con mayor o menor flexibilidad, estuvo vigente hasta tiempos de Valeriano.
- PLINIO EL VIEJO.**- (23-79) Infatigable científico de clase ecuestre, en su *Historia Naturalis*, dedicada al emperador Tito, podemos valorar, entre otras cosas, la importancia concedida a la astrología, lo que supuso, sin duda, un tránsito de la religión tradicional olímpica al sincretismo solar, que precedió al cristianismo como religión del Estado.
- SÉNECA.**- (?-65) Nacido en Córdoba, hijo de Séneca «el rétor», abogado de prestigio, preceptor y consejero de Nerón, cortesano rico, escritor, dramaturgo, poeta, filósofo ecléctico, estoico, cayó en desgracia tras la conjuración de los Pisones. Considerado por Tertuliano «uno de los nuestros», un cristiano *avant la lettre*, es símbolo para nosotros de los precedentes en el pensamiento metafísico romano de las ideas (luego cristianas) de creador único y providencia, y del ascetismo (estoico, luego cristiano) en lo que a ética se refiere.
- SÍMACO.**- (345-405) De familia rica e ilustre, prefecto de la Urbe en el 384, cónsul siete años más tarde, senador después, orador de renombre, autor de una decena de libros de cartas, en sus *Relationes* (informes oficiales de la prefectura) da cuenta del conflicto que sostuvo (y perdió) con Prudencio y S.Ambrosio sobre el asunto del altar de la Victoria (que finalmente Teodosio mandó retirar del «salón de plenos» del Senado). Junto con sus amigos Nicómaco Flaviano y Agorio



Pretextato se nos presenta como uno de los interlocutores de las *Saturnalias* de Macrobio. Es símbolo y voz del paganismo derrotado y proscrito por la nueva religión oficial, la cristiana.

SUETONIO.- (75-160) Protegido de Plinio el Joven, secretario de Adriano, enciclopedista erudito, biógrafo de literatos, gramáticos, rétores y emperadores, consideraba el cristianismo una superstición «nueva y perversa».

TÁCRO.- (55-120) Historiador brillante, de clase ecuestre, alto funcionario imperial (cónsul y procónsul en Asia), se refirió al cristianismo como una «superstición detestable», y a los cristianos los llamó «enemigos del género humano». Es representante del antijudaísmo visceral de la sociedad romana, en un momento en que, para los romanos, judíos y cristianos eran casi los mismos. De todas formas, en *Anales*, XV,44, dice de los cristianos (ya extendidos también por la Urbe) que sirvieron de chivo expiatorio a Nerón tras el incendio de la ciudad y que, en su origen, eran comunidades subversivas que, por rebelarse contra sus señores, habían provocado la destrucción de Jerusalén en tiempos de Tito. Se hace eco de las acusaciones populares de infanticidio e incesto.